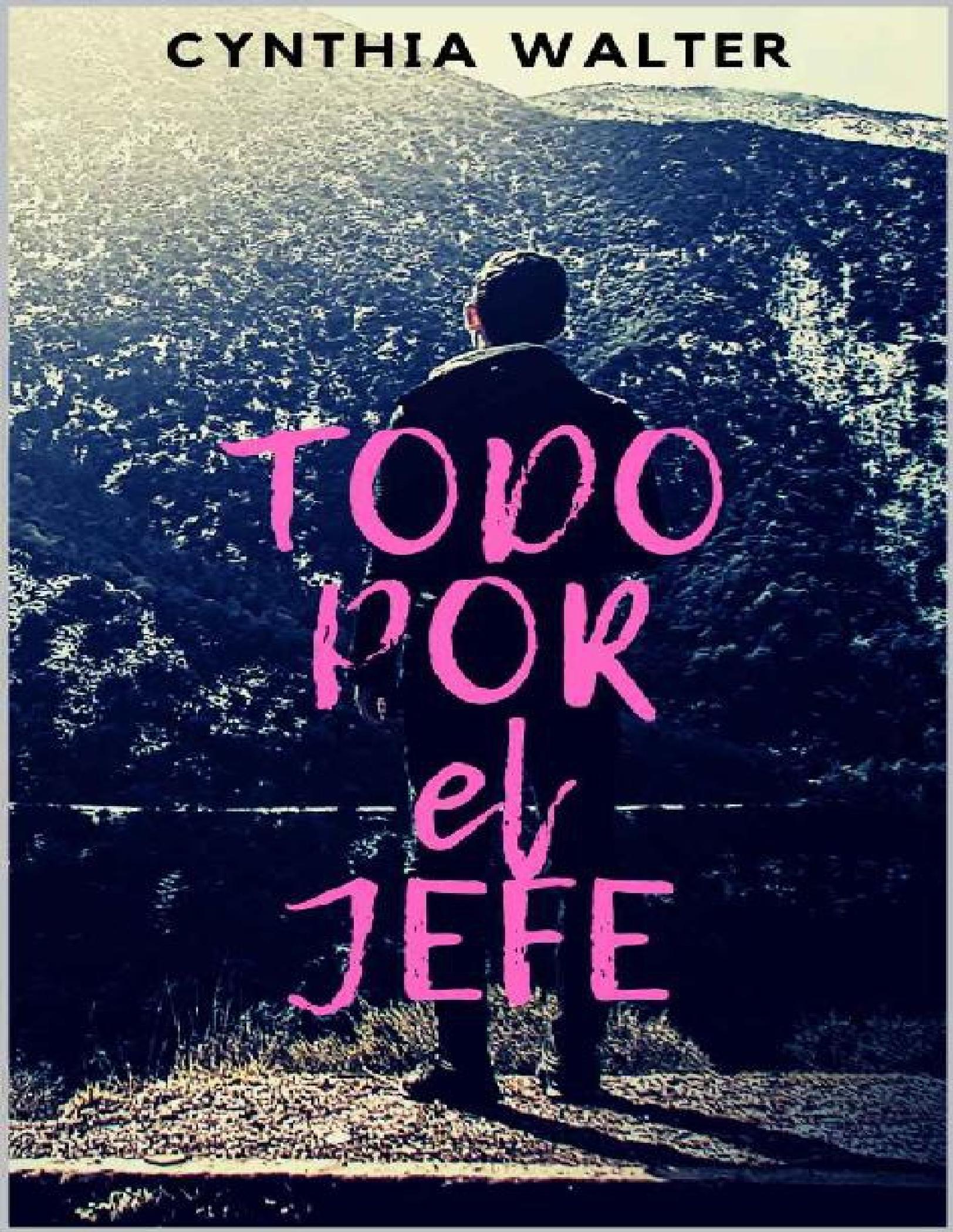


CYNTHIA WALTER

TODO
POR
el
JEFE



Todo por el jefe

CYNTHIA WALTER

© Walter, Cynthia [Primera edición: Julio de 2020]

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Se pueden querer muchas cosas y de múltiples formas pero nunca habrá algo que se haga más apetible que aquello que tenemos totalmente prohibido....

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Índice:

Capítulo 1:	10
Capítulo 2:	17
Capítulo 3:	24
Capítulo 4:	31
Capítulo 5:	41
Capítulo 6:	50
Capítulo 7:	58
Capítulo 8:	66
Capítulo 9:	76
Capítulo 10:	84
Capítulo 11:	94
Capítulo 12:	101
Capítulo 13:	110
Capítulo 14:	117

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Capítulo 1

Oliver Wilson

Hay momentos en la vida en los que sabes que has metido la pata hasta el fondo. Este, es uno de esos momentos. Estoy en la puerta de un restaurante lujoso esperando a que llegue una modelo de fama internacional con la que he quedado para pasar una agradable velada, pero, mi prometida Sofía Jones está en este momento delante de mí preguntándome qué hago en este lugar cuando se suponía que había quedado con un inversionista.

–Estoy esperándolo, ¿no es evidente? –Improviso. –¿Por qué siempre tienes que desconfiar de mí? –Algo que he aprendido, con el paso de los años es que la mejor defensa es un buen ataque.

–Pues lo esperaremos juntos. –afirma colgándose de mi brazo para marcar el territorio.

No es justo que todo el mundo vaya a pensar de mí que soy un mal tipo si ven la escena porque yo jamás le prometí a Sofía un futuro juntos como el que ahora ella me exige, se suponía que ambos teníamos claro que era una especie de acuerdo comercial, pero hace varios años que parece haberlo olvidado.

–Buenas noches, señor Wilson. –Un chico que no sé de dónde ha salido me saluda. ¿Quién es? Va vestido de traje formal y hace que Sofía se sorprenda, aunque el mayor sorprendido soy yo. –Siento el retraso, es una mala zona para aparcar. –dice mientras estrecho su mano. –¿Su prometida? –pregunta mirando hacia Sofía. –¿De qué va todo esto? Me quedo callado porque aunque sea una locura, me beneficia. –Está usted muy guapa esta noche. ¿Se queda a cenar con nosotros? –cuestiona.

–No. –Los ojos de Sofía me recorren de arriba abajo avergonzados. –Perdón. –susurra en mi oído antes de irse. –No debí desconfiar. –La veo alejarse sin darme si quiera la vuelta para comprobar que el chico sigue ahí. Miro al cielo, algo ahí arriba debe estar muy de mi parte para haberme salvado de esta.

–¿Quién eres? –pregunto cuando estoy seguro de que está suficiente lejos, de hecho, la veo montarse en su coche con chófer.

–¿Yo? Un mandado. Las señoritas le esperan. –Señala hacia la puerta del restaurante. ¿Qué señoritas? Entro porque no sé si tengo otra opción. Me indica con un dedo una mesa íntima donde me está esperando Suhan, la modelo. Está realmente guapa. Voy a caminar hacia allí pero me retiene con una mano. –Le aconsejo pasar primero por aquella otra mesa. –Sigo su dedo hasta ver una cascada de pelo negro cayendo de forma lisa sobre una espalda demasiado recta.

Hago lo que me ha dicho por simple y llana curiosidad. ¿De qué va todo esto?

–Buenas noches, señor Wilson. –La chica que me saluda y me ofrece asiento no debe tener más edad que yo. Sus ojos son verdes y grandes, tanto que casi, en una situación como esta, intimidan. –He visto lo que iba a pasar y le he salvado de una masacre. Le dije a la bonita señorita que esperase dentro que tenía unos negocios de última hora. Le pedí a un amigo que se hiciese pasar por un hombre de negocios para que su prometida no sospechase. Está bien eso de llevar la vida que uno quiere, pero debería ser más cuidadoso. Si no llego a estar yo aquí... –Lleva una copa hasta sus labios con lo que me parece vino espumoso.

–Gracias. –contesto sin mucha convicción. Nunca me he visto en algo así y no entiendo exactamente qué es lo que busca. –¿Puedo devolverle el favor de alguna manera? –¿Quiere dinero? A mí me sobra y la gran jugada desde luego lo vale.

–Sí, +1. –Sonríe y sigue bebiendo.

–¿+1? No entiendo qué quiere decir. –Se muerde el labio y me siento como un animalillo acorralado.

–Ya lo entenderá y, en ese momento, espero que me devuelva el favor. –Se levanta. Parece una chica corriente vestida de manera demasiado informal para este lugar. ¿De dónde diablos habrá salido? –Que pase una noche agradable. –Al irse su fragancia a vainilla me golpea.

¿Quién es esa chica? Aunque tendría que averiguarlo e irme a casa, no estoy dispuesto a renunciar a la gran noche que tenía planeada. Quizá todo el mundo tenga razón y soy demasiado inconsciente para llevar la empresa que llevo. Todo el mundo me conoce y, aún así, no soy capaz de estarme quieto. ¿Qué tiene que ver una vida de mujeriego con no saber llevar bien las finanzas de una compañía de inversiones? Nada, pero todo el mundo lo mezcla.

–Amor, creí que no venías. –Suhan pasa sus largas y delicadas manos por mi pecho alentándome a creer que tendré una noche increíble. Con todo lo que ha pasado, lo mínimo es que lo sea.

¡Las nueve! Me despierto en la cama del hotel con dolor de cabeza y esa preciosidad diciéndome que no me vaya aún. ¿Cómo no me voy a ir si debería haber llegado a la oficina hace media hora?

Me ducho todo lo rápido que puedo mientras llamo a Andy, mi amigo y compañero, para que le diga a todo el mundo, en especial a mi padre y a mi prometida, que estoy en un atasco. La corbata no me queda tan bien como debería ya que necesito aflojarla para no tener sensación de ahogo con la resaca del día anterior. Me he vuelto a pasar de rosca. ¿Por qué no puedo parar? Porque cuando estoy en mitad de la noche loca la empresa y mi familia me importan bien poco. Son demasiado déspotas y cansinos: Hago bien mi trabajo, no tengo por qué ser ejemplar.

El audi responde a la perfección cuando le piso para llegar a las oficinas céntricas donde tenemos el consejo de administración. El aparcacoches no se sorprende ni un poquito de que le lance las llaves. Yo llegando sin tiempo es un habitual. Andy me recibe con cara de situación y un café en la mano.

–Se empiezan a impacientar. –Se refiere a mi familia. No entiendo qué necesidad hay de que se reúna toda la familia para encontrar una buena secretaria para mí.

–Pues que se metan en sus asuntos. –Mi padre y mi prometida quieren que elija a alguien exclusivamente por su currículum y con la que, además, a sus ojos, sea imposible una infidelidad. Como si yo fuese tan idiota de ir a hacerlo justo con alguien que entre en la empresa y me pueda traer quebraderos de cabeza.

–Por fin, mi amor, estaba preocupada. –dice Sofía besándome más de lo que es necesario en la oficina.

–Pues ya estoy aquí. –afirmo quitándome de su lado.

–¿Dejo que empiecen a pasar las candidatas? –Ruth es desde siempre la secretaria de mi padre, pero como él ya apenas pasa tiempo en la empresa, se ha quedado también como recursos humanos.

Hago un movimiento con la mano indicando que sí mientras nos sentamos en la gran mesa horizontal. Parece que las chicas van a pasar por todo un tribunal.

–Lo haremos como siempre. Un sistema de puntos. Por cada cosa destacable pondremos un +1. –explica mi padre.

¿Un +1? Esa frase me recuerda a anoche y siento que mi pulso se acelera. En cuanto se abren las puertas y veo a las cinco chicas llamadas, confirmo mi sospecha. La chica del restaurante, la que me salvó de que Sofía me pillara, está aquí. ¿Un +1? ¿Eso quería decir? ¿Y con qué maldita excusa le pongo un +1 sin que todo el mundo me mire raro? Bueno, al menos no me ha pedido que la contrate directamente, sólo es un punto más. Me aflojo aún más la corbata y sólo puedo mirar al techo y rezar porque, al menos, tenga un buen currículum.

Capítulo 2

Maire

Tengo los nervios a flor de piel. ¿Me quedaría corta al decir +1? Estoy frente a una mesa llena de gente y no sé qué porcentaje de votos tendrá cada uno, ya que, para ser asistente del jefe directivo, no me esperaba este despliegue de efectivos.

Confío en mi currículum, mis estudios y mi juventud, pero las otras candidatas para también suficientemente preparadas, de hecho, si no fuera así no habrían pasado la preselección.

–Empecemos. –Ruth le dice a la primera de nosotras que se siente y a las demás que nos salgamos para esperar fuera. La chica que ha entrado es rubia, alta y delgada. Desde luego, si ser despampanante va a contar en algo, todas menos yo pueden ir contando con esa puntuación.

No es que yo sea fea, es decir, soy una chica normal y corriente. Repaso la ropa que he elegido reafirmando mis motivos. Un pantalón de vestir negro liso y una camisa de botones blanca. Los zapatos de tacón no excesivos, sólo para que se vea que soy formal.

El pelo lo llevo suelto recién lavado y planchado. He decidido que no necesito maquillaje, no es sinónimo de eficiencia y disposición inmediata. Yo estoy aquí para trabajar en todo caso no para ligar u otra cosas.

uesto

–Buenos días. –Oliver me observa con curiosidad mientras su padre me saluda. –La primera pregunta que tengo para ti es una cosa que me llama mucho la atención. ¿Cómo es que una chica con tu currículum busca el puesto de asistente y no uno de dirección? –Bien. Si le contestase lo que pienso me mandarían a volar porque, la verdad es que, los puestos más altos están reservados para los enchufes que, normalmente son amigos y amantes. Estupendo.

–He estado como asistente de los empresarios más importantes del país porque creo que el

camino del aprendizaje es lo que marcará mi futuro. –Si me dejasen tener un futuro porque, en cuanto ven que es insostenible dado mi trabajo tenerme como secretaria, me despiden en vez de ascenderme que sería lo suyo. También es verdad que si fuese rubia, alta y con piernas infinitas no tendría tantos problemas.

–A mí me parece ideal. –Sofía, la prometida de Oliver, está apuntando algo en su cuaderno. Al menos sé que su puntuación será positiva ya que no imagina a su queridísimo engañándole con una asistente como yo. –¿Tiene disponibilidad completa?

–Sí. –contesto escuetamente.

–Tengo que hablar con mi hijo, si me disculpáis. Puede esperar fuera con las demás. –dice el padre.

Salgo algo nerviosa y me siento a esperar. No ha salido como había planeado exactamente. Repiqueteo con el pie en el suelo. No me van a dar el maldito puesto. Lo sé por la cara que pone al salir después de hablar con su padre. ¿Qué hago? ¿Montar el pollo me servirá de algo? No creo.

Entra, precisamente ahora, la modelo de ayer noche en escena. Viene con una chaqueta en la mano y desfila hacia el jefe con las caderas contoneándose. ¡Qué huevos le echa la tía!

–Hola. –Sonríe directamente a Oliver. –Esto es... –dice señalando la chaqueta.

–Mío. –Aparezco en el campo de visión. –Gracias amiga. –Le doy dos besos a la chica que no sabe cómo reaccionar y me la llevo a la entrada. –Te llamaré, no es un buen momento. –Me despido de ella y subo de nuevo.

Subo de nuevo justo a tiempo para ver que le están dando la enhorabuena a la otra candidata. Ella desliza las manos por su larguísimo cabello rubio riéndose coquetamente.

–Perdona. –Grita llamándome Oliver justo cuando ya estoy a punto de cruzar la puerta giratoria del vestíbulo. –No he podido hacer nada. –dice.

–No importa. Creía que con mi currículum y un punto más sería suficiente, pero no pasa nada. Soy una buena perdedora. –anuncio con sinceridad. Ya ni haciendo trampas espero nada.

–Buenos días. –Oigo a lo lejos la voz de la policía que acaba de entrar. –¿Está Oliver Wilson? Nos ha llegado un soplo y tenemos que hacer nuestro trabajo comprobando aunque sea en un lugar tan respetable como este. –Uy. ¿Quién estará metido en un percal en este lujoso edificio?

–Oye. –Oliver me coge de repente por la muñeca y se me acerca a él. –Necesito que te lleves esto. –¿Qué? Miro hacia abajo y veo una bolsita con algo verde dentro. –Seguro que ha sido Suhan. –¿La modelo? Puede ser, se le veía molesta.

–¡No! –respondo histérica. –¿Y si registran a más gente? –Estoy temblando y ya noto calor en las mejillas.

–Si me sacas de esta, te contrato. –asegura nervioso.

–Espero que seas un hombre de palabra. –Es casi una amenaza lo que le digo.

Salgo andando a paso rápido hacia el aseo pensando en tirarlo por el váter. Al sacar la bolsita pienso en si luego me la pedirá. ¿Y si me deshago y para contratarme es indispensable haberle sacado de esta con la bolsita intacta?

–Ay, chica, que la policía está aquí, qué pereza. Nosotras que venimos a una entrevista qué tendremos que ver. –Sé que esa voz es de una de las chicas que han entrevistado hablando por teléfono. –Sí, yo también pienso que es por no registrar solo a Oliver que quedaría feo. –añade antes de oír de nuevo la puerta y saber que se ha ido.

¿Y qué hago ahora? Bueno, puedo meterlo en el tacón o algo porque aunque me digan de los bolsillos no van a ser exagerados, pero si me han visto hablar con él, a lo mejor...Bueno...Todo por el jefe.

Me descalzo y utilizo una horquilla del pelo para quitar la rejilla del baño. Me aúpo, menos mal que no estoy gorda. Me deslizo por los túneles hasta que doy con otra rejilla. Me aseguro que

da a la calle y lo destornillo para salir. Es lo que tiene venir de ciertos submundos que mejor olvidar.

Salgo y compruebo que tengo la camisa blanca toda manchada, el pelo revuelto y no llevo zapatos. ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo se supone que me va a contratar? ¿Se va a deshacer de la otra chica? ¿Y dónde espero? Decido pensar. Vale. Cojo un chico que pasa por allí con un paquete. Es perfecto, un repartidor.

–Oye, te doy veinte euros si le entregas una nota a Oliver Wilson. –Me mira pensativo. – Puedes leerla si quieres, no es nada raro. Soy su asistente pero he tenido un pequeño problema. – aseguro. No confía en mí, pero le puede el ganarse un billete sólo por entrar al edificio al que ya había.

“Te espero en el primer callejón al salir del edificio. Por cierto, en el tercer baño de las chicas he dejado mis zapatos, tráemelos”

Ahora sólo esperar. He salvado de nuevo al jefe. ¿Va a ser mi jefe, verdad? Más le vale.

Capítulo 3

Oliver Wilson

El mensajero, que siempre es el mismo en esta empresa ya que no nos gusta que entre gente extraña cada día en el edificio debido al gran capital que manejamos, hoy no quiere dejarle el paquete a Ruth. Insiste, según me dice ésta, en que sólo puede dármelo a mí en persona. Voy hacia él y firmo el dichoso recibo. Cuando ya lo he hecho, deja caer un papelito en encima del paquete tras mirar a un lado y a otro para asegurarse de que nadie le está observando. ¿Qué será? Lo desenvuelvo y veo que es de mi “salvadora” ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Marie. Bueno, eso significa que ha conseguido escabullirse de aquí sin problemas, parece una chica astuta y con recursos. Ahora sólo me queda pensar cómo le voy a dar un puesto que ya está adjudicado.

–Jefe. –Voy a salir del edificio cuando Paula, la asistente ya contratada, me detiene con el bolígrafo y la agenda en su mano. No consigo entender tampoco por qué la hemos acabado eligiendo por encima de Marie. Mi padre dice que la sobrecualificación podría llegar a ser un problema. Incluso me ha dicho que le parece rarísimo que con ese currículum no haya llegado ya a un puesto importante. ¿Si todo el mundo piensa igual cómo va a conseguirlo? –¿Dónde va? – pregunta dispuesto a anotarlo. ¿Enserio?

–Volveré en un rato. No me pases llamadas y ve estudiándote la agenda. –No voy a empezar a darle explicaciones porque, simplemente, no me gusta darlas. Hay algo en el carácter de esta chica que no me gusta, la veo...pelota y lameculos. Ala, ya lo he dicho. ¿Eso deberían ser características buenas para una asistente? Puede ser, pero veo que quiere agradar a todos y no sólo a mí. Su lealtad podría llegar a suponerme un problema.

Dejo de pensar en ello mientras salgo al exterior. Me golpea un sople de aire fresco. En ocasiones, me pregunto de qué sirve ser tan rico si no puedes ni si quiera disfrutar de una mañana fresca, pero soleada, de la ciudad. Me detengo un instante a pensar en el contenido de la nota. “El

callejón”. ¿Derecha o izquierda? Mi mente intenta centrarse y me ubico. A la derecha doy con la gran avenida y tras cruzarla, el primer callejón. Eso son unos quince minutos andando y no creo que haya ido tan lejos o, de hacerlo, se hubierese expresado de otra manera. Ando entonces hacia la izquierda y, tras pasar dos bloques más de mis oficinas, entro en el callejón.

Ahí está. Apoyada en la pared mirando su móvil y sin zapatos. Mierda, se me han olvidado los dichosos zapatos.

–Hola. –dice contenta de verme. ¿Tenía de verdad la opción de no venir? –Jefe. –añade sonriendo.

–Hola, Marie. Gracias por lo que has hecho. –contesto pensativo. –Se me han olvidado tus zapatos, pero te compraré unos. –Se encoge de hombros. Que no vaya a ponerme problemas, es una buena señal. –Dime, Marie. ¿Cómo es que te has comido ese marrón o el del otro día? – cuestiono realmente interesado en su respuesta.

–Soy una chica fiel. –¿Fiel? –Leal a todo el que me ayude. En este momento necesito el trabajo así que...Si me das trabajo, no hay nada que vaya a molestarte o salirte mal Siempre que esté en mi mano...Todo por el jefe. –afirma feliz.

–Verás Marie, sé que te he dicho que voy a darte el trabajo y voy a dártelo. –Intento explicarme antes de que se le vaya esa simpatía. Sus ojos son verdes y tienen una capa cristalina como de esperanza. De verdad parece necesitar el trabajo y, desde luego, ha demostrado que puede serme de utilidad. –Pero el caso es que ya se lo había dado a otra chica, otra candidata. Paula. –Asiente sin decir nada. –No puedo echarla sin más, así que he pensado en que seas mi asistente en la sombra, en un primer momento, y luego, cuando encuentre un motivo apto para echarla, ocuparías el puesto a la vista. –Improviso.

–¿Asistente en la sombra? –pregunta levantando una ceja sin entender.

–Eres una chica muy resuelta, por lo que he visto y yo soy...bueno, digamos que no soy el jefe más fácil del mundo. Así que he pensado que podrías llevarme ciertos temas más personales. Que

requieran de una lealtad mayor. –Se muerde el labio pensativa. –Te pagaré lo mismo. –Ahí relaja su rostro. Perfecto.

–¿Así que quiere que sea, en vez de la asistente del jefe de dirección, su secretaria personal?
–Demasiado lista quizá. Asiento esperando que con ello no se desencadene un enfado desmedido.
–Perfecto. Pásame todo aquello que quieras que haga. De todas formas, no hace falta que, aun estando en la sombra, esté tan escondida. –dice asombrándome. –Un hombre como tú puede permitirse tener una secretaria que ordene también sus quehaceres del día a día y así, si eso es lo que piensa todo el mundo, puedo estar dentro y fuera de la oficina para lo que necesites. –Sí, desde luego es buena idea.

–Perfecto entonces, pásate mañana a las nueve y te daré todo lo que necesitas saber. –Voy a girarme para irme cuando recuerdo lo de los zapatos. Saco un billete de cincuenta de la cartera y se los tiendo señalándole los pies.

–Oh, no te preocupes, jefe, tengo muchos zapatos en casa. –Es ella quien se va primero del callejón. No parece afectarle lo más mínimo ir descalza.

Vuelvo a la oficina. He resuelto un problema que parecía grande en unos pocos minutos. ¿Por qué es tan sumamente fácil de llevar esa tal Marie? Otra en su lugar estaría recordándome que estoy en deuda o echa un basilisco de que no le vaya a dar el puesto asistente y sólo será una secretaria. Una idea viene de repente a mi mente como si fuese lluvia caída del cielo.

–Paula. –Llamo a la susodicha cuando estoy en mi despacho. –¿Puedes traerme el currículum del resto de candidatas? –Me mira recelosa. No está dispuesta a no preguntar y eso me irrita profundamente. –Es para firmar los motivos de no elección para que no tengan problema en encontrar otros empleo. –aseguro mintiendo.

Cuando me los trae, y estoy seguro de que ha cerrado la puerta, me quedo momentáneamente con el de Marie Anderson y tiro a la trituradora el resto de papeles. Ha estado muchísimo tiempo con cada jefe con el que ha trabajado. Las referencias son estupendas. ¿Por qué perder a alguien

así de tu empresa? Entonces sé que puedo estar en lo cierto con mi idea. Marie Anderson no es una asistente o una secretaria normal. Ella se encarga de los trapos sucios de los jefes. Es más, estoy por apostarme todo lo que tengo a que es ella quien no quiere puestos de más responsabilidad.

Ya lo hablaré con ella, pero, por el momento, si estoy en lo cierto, alguien así, me hace falta.

Capítulo 4

Marie

Al final me ha salido mejor de lo previsto. Entro siempre como asistente en las grandes multinacionales y empresas. Es después cuando demuestro cómo puedo serles de utilidad. Los jefes con dinero excesivo tienen tendencia a meterse en cierto tipo de problemas que necesitan ocultar. No es buen marketing que aparezcan borrachos, o en prensa del corazón engañando y mucho menos que les pillen estupefacientes. Ese es mi estupendo trabajo normalmente, y me encanta. Me suben el sueldo, hago poco y soy intocable. A ver qué tal con el nuevo jefe. Parece que se mete en líos a menudo.

–¿Y bien? –Pregunta Patt en cuanto abro la puerta del apartamento.

–Estoy contratada. Y quizá en esta pueda saltarme los pasos previos a que vean qué tipo de asistente soy. –contesto dejándome caer en el sofá.

Patt y yo vivimos juntos desde hace tanto tiempo que parecemos hermanos, pero no lo somos. Salimos al mismo tiempo del orfanato y se nos ocurrió que, puesto que los trabajos iban y venían, podíamos ir compensando el alquiler el uno por el otro.

Nos va bien desde que, tras conseguir un cutre empleo como secretaria mal pagada de un tío que hacía trapicheos, le saqué de varios líos, con ayuda de Patt si soy sincera, me subió el sueldo. Lo que pasa es que, con el paso del tiempo, se ve una relación tan estrecha que empieza a parecer raro. Por eso cambio relativamente rápido.

Me ducho, haciendo hincapié en los pies negros. He ido descalza y no lo he pasado mal, estoy más acostumbrada de lo que debería a hacerlo. Me coloco las mayas negras, una camiseta blanca y calcetines.

–Ya te has puesto de uniforme. –Siempre dice lo mismo. Es que en casa parece que no tengo

otra ropa. Me gusta sentirme yo misma. –¿Qué vas a hacer de cenar? –Eso sí, Patt lo que se dice cocinero, no es.

–Un caldito de jardinera. –contesto.

–¿Con su patata, zanahoria, tomate, ternera y guisantes? –pregunta como si no supiera que siempre le pongo todo eso. Creo que es su manera de decirme que le gusta cómo lo hago.

Quien no nos conoce podría llegar a pensar, tras plantearse lo de que seamos hermanos, que somos novios, pero yo me considero más bien su madre. Nos sentamos a la mesa corredera, que está enfrente del sofá, hasta terminar de comer. Empieza una película de esas de la tarde que te ríes lo justo pero te entretienes. El móvil suena alrededor de las nueve de la noche y estiro el brazo con vaguedad.

–¿Marie? –Miro la pantalla del móvil extrañada. Este número... no lo conozco. –Soy Oliver. Oliver Wilson. –Ah, el jefe. –Tengo un problema. ¿Puedes empezar tu jornada laboral ahora mismo? –pregunta.

–Claro que sí, jefe. ¿Voy a la oficina? –Me voy levantando y me calzo las deportivas. Le hago señas a Patt para que también se prepare. No soy bruja, pero yo diría que si me llama por la noche, no va a ser un problema de traspapelar algún archivo.

–No, te paso la ubicación. –Oigo un sonido agudo de entrada de mensaje. –Si te pudieras dar prisa, mejor. –Cuelga.

Miro el mapa y veo que está en un hotel justo en la última línea de la ciudad. El “Palacio de rubíes” es uno de los mejores hoteles y más caros de todo el Estado. No se anda con tonterías Oliver Wilson para sus ligues, porque me juego el cuello a que es un lío de faldas. Cojo el coche para ir hasta allí todo lo rápido que puedo, que es bastante teniendo casi todo trucado.

Aparco en el lateral y apago el motor camuflándome en la oscuridad. Bajo mirando el reloj y recogíendome el pelo en una trenza.

–Ya estoy aquí. –digo llamando al jefe. –¿Qué necesitas? –cuestiono.

–Habitación 312. Hay gente en la puerta. –Cuelga.

Qué manía con colgar. Así no me da suficientes datos. Vale que deduzca de las dos primeras veces que puedo salvarle su adinerado y bonito culo, porque el jefe está de muy buen ver, pero no soy una espía de esas de las películas.

Decido entrar como si nada. Soy tan corriente que nadie repara en mí. Observo el vestíbulo unos minutos hasta que veo a una chica, que bien podría ser yo entrar a una salita de puerta gris. ¿El vestuario del servicio? Al ver entrar a otra creo que he acertado. Me animo y voy hasta allí. Por suerte hay unos delantales colgados. Cojo uno y un gorro a juego y salgo antes de que alguna de las que siguen allí se dé cuenta de que no soy una empleada. Podría parecer que es difícil infiltrarse, pero en esta clase de trabajos, en los que la gente o está de toda la vida o no aguanta ni una semana, suele haber bastantes caras nuevas y siempre les da corte preguntarte por si quedan mal.

Voy por las escaleras hasta el tercer piso. Nada más salir al descansillo, a la altura del ascensor que no he cogido para no quedarme a solas con nadie demasiado tiempo, veo que hay gente en el pasillo. En concreto, veo que una de ellas es Sofia Jones, la prometida de mi jefe. ¿Qué hace exactamente aquí? Vale, entiendo, por lo poco que me ha especificado, que él está dentro de la 312.

–Perdona, pero a la chica que, afortunadamente, pasa en ese momento por mi lado con un carrito. –Se para en seco mirándome. –En la habitación 312 han pedido expresamente que no pase. –En realidad, lo que le estoy diciendo sólo es una maniobra de distracción. Muevo la mano derecha rápidamente para que la atención se desvíe mientras con la izquierda, le estoy robando la tarjeta de apertura de habitación. Cosas que se aprenden. –Que pases buena noche, compañera. –digo despidiéndome.

Salgo al rellano de la escalera de nuevo para esperar. Si todo va sobre lo previsto, no se dará

cuenta de que no la lleva ya que para entregar comida llaman y no la utilizan. Espero cinco minutos para que termine de entregar lo que haya venido a dejar. Y salgo. Voy en dirección contraria a la 312 andando con seguridad. A medio pasillo, veo una sala que pone “Sólo personal autorizado”. Paso la tarjeta de la chica y abre. Allí hay sábanas, almohadas y toallas, además de carritos para llevarlas. Estupendo. Cojo lo necesario para aparentar ir a hacer una habitación y me encamino a la 311. A pesar de que mi jefe está, supuestamente, en la 312, sería descarado entrar allí. Y más sin que me haya dado detalles. Abro la habitación de al lado y por suerte no hay nadie dentro. Abro la ventana del balcón y me encaramo. Me siento afortunada de que el edificio no tenga separación entre habitaciones porque saltar de una a otra, es sorprendente y terroríficamente fácil. Con el dineral que pagan los huéspedes y les puede entrar cualquiera. Toco el cristal de la habitación 312 con suavidad y al segundo, alguien descorre la cortina y me mira directamente a los ojos. Oliver Wilson. Mi jefe.

–Estás aquí... –Me mira de arriba abajo como si no diese crédito.

–Sí. –contesto escuetamente.

En la habitación está la modelo del otro día. Recuerdo haber buscado algo de ella en la red. Siempre está bien saber más de este tipo de mujeres. El jefe se ha equivocado con ella y lo sigue haciendo. Es la típica modelo que aparenta no querer nada serio y, de hecho, le parece bien que engañe con a su prometida, pero, en realidad, quiere destrozarse esa supuesta boda e ir colocándose en la vida del rico de a poco. Ya tendré tiempo de ocuparme de eso más tarde. Lo primero es sacar a Suhan Loterfield de aquí sin que nadie la vea.

–Mi prometida piensa que tú y yo estamos aquí ultimando los detalles de una reunión. Los de fuera son posibles inversionistas que no tenía ni idea de que vinieran hoy y mucho menos que fuésemos a salir con ellos al casino. –Suena a encerrona por parte de su prometida. Lo malo, para la señorita Sofia, es que estando yo aquí no le va a pillar. Al menos no tan fácilmente.

–Genial. Saque papeles y abra su ordenador. Siéntese tranquilo y sírvase un Whisky. –Lo digo

con tranquilidad mientras me llevo a la chica hacia la terraza.

Se resiste pero acaba pasando la ridiculez de muro. Le advierto que espere un rato antes de salir y que él la llamará. No va a ser tan estúpida de intentar montar el escándalo que seguro tiene programado en su cabeza tan pronto. Él no está tan enganchado aún. Pobres ricos idiotas.

Ya en la habitación hago la cama de forma profesional y reviso todo de arriba abajo buscando signos de lujuria y deshaciéndome de cualquier prueba. Por último, miro mi ropa. Es toda negra y poco formal, pero sé que eso agrada a Sofía, porque me verá como quiere verme, como una amenaza inexistente.

–Esto es impresionante. –No sé si se refiere a mí, pero vamos a tener que hablar un poco mejor de mi trabajo.

Abro la puerta de forma pausada y Sofía, a pesar de entrar saludando con buena cara, lo hace rápido y rebuscando sutilmente. No va a hallar nada fuera de lugar. Se relaja notablemente tras los primeros minutos.

Salvado por la campana, bueno, por mí. ¿Qué no se hace por un jefe?

Capítulo 5

Oliver Wilson

Llego a la oficina temprano. No he podido dormir en toda la noche. Y no porque Sofia decidiera, unilateralmente, quedarse en mi apartamento a dormir, sino porque no podía parar de pensar en la conversación corta pero intensa que tuvimos Marie y yo cuando ya se iba del hotel anoche, en especial, la frase que dijo tras decirle que ese tipo de follones no eran habituales en mí, resuena aún en mis oídos.

“La primera y casi única regla para que esto salga bien es que no me mientas. Yo no te juzgo, sólo hago lo que tengo que hacer y, para eso, necesito estar bien informada”

Tuve la sospecha de que ella se ocupaba de los puntos negros de la vida de sus jefes, pero, ahora, no me cabe la menor duda de ello.

Son las nueve en punto cuando alguien toca a la puerta de mi despacho. Quien sea no espera respuesta y entra. Es Marie. Viene ataviada con una falda de tubo negra, tacón reservado y una camisa de botones azul claro. Si no la hubiera visto en plena acción la noche anterior, pensaría que es una chicha muy corriente con un estilo formal dispuesta a trabajar como cualquier otro peón en esta empresa. ¿No es una coartada perfectamente planeada?

–Buenos días, jefe. –Saluda con una amplia sonrisa en el rostro. Deja un maletón en la esquina bajo el perchero y se sienta frente a mí ocupando el sillón de cuero. –¿Qué tenemos para hoy? –pregunta justo al tiempo que Paula entra en nuestro espacio.

–Jefe... –Aunque se dirige a mí, sus ojos están posados con exclusividad en ella. Seguramente se está preguntando cómo es que otra candidata está aquí conmigo. –¿Necesitas algo para...la reunión? –“Reunión” es el término que ha escogido para lo que sus ojos están viendo. Prudente pero recelosa.

–No gracias. –digo sin rodeos. –Esta es Marie, creo que os conocéis. –Asiente levemente. –Vá a ser mi secretaria personal. He pensado que es una buena idea que estés centrada sólo en los asuntos laborales que me competen. Así no te saturó con cuestiones personales como la familia u otros encargos. –Sonríe con prepotencia. Está tan contenta de pensar que otra chica, una de sus rivales, va a estar haciendo tareas de menor importancia, que me produce animadversión y desconfianza.

–Bien entonces. Voy a preparar los informes pertinentes para su reunión de las once. –Levanto una ceja de modo interrogante. Puedo llegar a ser demasiado despistado en ocasiones. –P.K. Sociedad limitada. Las inversiones de los rusos. –explica brevemente haciéndome recordar antes de cerrar la puerta.

–Ah, sí. –dice llamando mi atención Marie. –Deniska e Ignati Ivanov. Una pareja de hermanos peculiar. Hay quienes dicen, malas lenguas seguro, que están liados, pero no veo en qué puede afectar eso para un negocio de inversiones. Lo que sí me preocuparía es la adicción al juego que se comenta que pueden tener. –Hace una pausa mientras yo no puedo parar de escucharla en silencio. ¿Cómo sabe tanto? ¿De dónde saca esa información? –Son idiotamente ricos, pero, de no serlo, no les quedaría de la herencia familiar ni la cubertería de plata con sus nombres grabados. –Coge un bolígrafo de mi mesa y un folio. Escribe una cantidad desorbitada de dinero y lo pone frente a mí. –Ese es el capital que piensan invertir. –Es una suma considerable. –Es un negocio sólido siempre y cuando no se les deje retirar a cuenta de ganancias futuras ni tengan poderes de los activos empresariales. –concluye su diálogo. Impresionante.

–Así que los estudios de tu currículum son ciertos... –digo prácticamente sin darme cuenta. No quiero ofenderla. Al parecer, no lo hago porque se empieza a reír.

–Sí, sí lo son. Pero de nada me hubiera servido ir pagándome con sudor y esfuerzo los estudios sino tuviera otras...habilidades. –No sabía que se pudiera considerar una formación profesional de cara al empleo el salvar a tu jefe de movidas turbias, pero, cuanto más veo, más seguro estoy de que Marie Anderson es la persona que necesito.

–Bien, pongamos entonces las cartas encima de la mesa, Marie. ¿Cuáles son tus honorarios teniendo en cuenta todas las funciones que vas a realizar? –Omito decir en alto “Secretaria + finanzas + informadora de trapos sucios de otros + salvadora”.

–Mi sueldo base es el que me ibas a pagar por ser asistente. –¿Esa miseria por todo lo que hace? –Los extras, los dejo a tu criterio. –Bien. Me gusta lo que esconde esa frase. No pone un techo porque piensa ser valiosa. Deja que sea yo mismo quien calcule lo que vale su colaboración.

–Perfecto entonces. –Me quedo pensativo. Me interesaría, visto lo visto, que Marie estuviese presente en la reunión, pero no veo qué excusa tendría su presencia. Se me ocurre algo. A lo mejor he visto demasiadas películas de acción, pero me voy a atrever a preguntar. –¿Hay alguna manera de que estés en la reunión sin estar y que nadie se percate de ello?

–La hay. –asegura. –Con dinero es posible todo lo que te puedas imaginar. Déjame a mí. Instalaré una cámara y micrófonos– Si hay algo importante que decir o aclarar, te escribiré. –Coge mi teléfono y lo toquetea. –He guardado mi número. –añade.

–Oh, mierda. –Había quedado para... desayunar con Suhan. –He visto su mensaje al ir a repasar mi agenda. Es cierto que habíamos quedado en el hotel de nuevo por la interrupción de anoche. No aprendo.

–Me ocuparé de eso. –dice con seguridad. –Y llevaré el traje que llevabas anoche a la tintorería. En el momento, y con tanta gente, puede que pasase desapercibido para tu prometida, pero la chaqueta huele a lavanda y a velas. –Cómo para que su novio, si lo tiene, la engañe. Parece del CSI.

Se va cerrando la puerta del despacho tras de sí. Es fascinante. Es como si supiera exactamente qué se necesita de ella en cada momento.

–¡Cariño! –Sofía siempre tiene tiempo, a pesar de que se supone que es la directora de marketing y está ocupadísima, para venir hasta mí por la mañana para controlarme. –Ya te echaba

de menos. ¿Te ha llamado ya tu madre? –¿Para qué se supone que me tiene que llamar mi madre? Cada vez me disgusta más hablar con ella. Sólo dice lo maravillosa que es Sofia, la buena pareja que hacemos, lo lujosa que será nuestra boda y lo guapos que saldrán sus futuros nietos. Agotador. –Iremos a comer al club de golf. –asegura. ¿Yo no pinto nada en esa decisión? Al parecer no.

–No puedo. –contesto abriendo el ordenador para que le dé la impresión de que estoy ocupado y se vaya. –Tengo una reunión importante en un rato. No sé cuánto tiempo se alargará. –Improviso.

–Te esperaremos, querido, te esperaremos. –Tendrá la sonrisa puesta en el rostro pero, a mí, me suena a amenaza.

–¿Se puede? –Es la primera vez que me alegro de ver a Paula. ¡Lo que hace la comparación! Casi me parece buena la asistente pelota al lado de Sofia. –Traigo los informes previos a la reunión. –Los deja en mi mesa espera con las manos entrelazadas.

Le echo un vistazo rápido. Se lo que estoy buscando. Sofia se va, es inconfundible incluso sin levantar la vista el repiqueteo de sus zapatos sumado a sus bufidos. No sé por qué bufa tanto, si es ella la que está empeñada en que seamos una pareja idílica cuando ambos sabemos por qué empezamos a salir: negocios.

No encuentro lo que busco en las hojas que ha traído. Ni rastro de los supuestos líos amorosos y dinerarios de los hermanos Ivanov. Si está la mmisma cifra de inversión.

–Que traigan el catering por si les apetece algo para la reunión, y prepara el Power Point sobre qué es lo que haremos con el capital invertido. Trae también una memoria completa de crecimiento de algún activo similar. –Asiente y se va con rapidez.

No es que Paula no sea eficiente. Sus estudios son tan buenos como los de Marie posiblemente. El problema es que no están igual de relacionadas ni entrenadas. Marie es mucho más que una economista de finanzas cualquiera y, sean cuales sean sus contactos, de no ser por su información, habría corrido un riesgo con los rusos. Sí a sus inversiones, no a que muevan el capital. Veamos si lo aceptan y qué proponen en consecuencia. Decido escribirle a Marie

convencido de que la necesito en el encuentro empresarial.

“¿Dónde estás?”

No necesito esperar ni un minuto para obtener un mensaje de respuesta.

“Empiece cuando quiera, jefe. Yo lo observo todo a través de mi Smartphone e intervendré de ser necesario”

¿Es eso si quiera posible? Tendré que creer lo que dice, porque, a través del cristal de mi despacho, veo entrar a Deniska y a Ignati Ivanov.

Capítulo 6

Marie

Estoy en la tintorería de mi amigo Edgar. Salió del orfanato unos años después que yo. Son amistades tan marcadas que no se pierden.

–¿Traes un traje? –pregunta con la ceja levantada.

Normalmente nos vemos para otro tipo de cosas y, usualmente viene Patt conmigo. Este local, pese a que hace el tinte, es la tapadera de cosas mucho más grandes. Algunas las uso, como el intercambio de información, otras no.

–Es de un cliente especial. –Doy pocas explicaciones, porque en este submundo, la información se paga.

–De acuerdo. –Coge con poco convencimiento la percha con el plástico puesto. Se mete dentro y me tiende un recibo. –¿Vas a querer algo más? –Sabe de sobra que sí, porque, de lo contrario, ya me habría ido. No soy mujer de perder el tiempo.

–Necesito información. –No es que Edgar sea poseedor de los trapos sucios de todo el mundo, pero, hay mucha gente como yo ahí fuera, encubriendo a adinerados precisamente por dinero. Y si te equivocas de confidente, probablemente, tus miserias acaben en el mercado de la información. Si, por el contrario, no eres nadie tan importante es extremadamente fácil que alguien te investigue por cuatro perras.

–¿Sobre qué tipo de tela? –Es así como pregunta sutilmente quién es la víctima.

–Rojiza, floral y de seda. –Mi contestación hace referencia a que es alguien famoso. –Te dejo aquí el encargo. –Tiendo un sobre cerrado que lleva nombre, foto y dinero, mucho dinero. No necesito poner número o dirección. Él sabrá localizarme.

Quiero saber hasta si usa calcetines para dormir la modelo interesada. Va a piñón fijo a por el

jefe. ¿Hay atracción entre ellos? Eso seguro. ¿Amor? Él no y ella tampoco, aunque ella fingirá estar perdidamente loca por él. Quiere cazarlo.

De ahí voy directa a ver a Patt. Viéndolo así, sentado en un banco espatarrado, si no fuese por su cuerpo atlético, me parecía un vagabundo.

–¿Qué tal? –Sus ojos profundamente negros me atraviesan. –¿Qué hay que hacer?

–De momento, comer algo. –Saca, leyendo mis pensamientos, un envoltorio plateado y alargado. Le doy un beso en la mejilla como agradecimiento por el kebab. –Veremos desde aquí la reunión de mi jefe con los inversionistas rusos. –Sabe de quién hablo por él mismo fue a ver a Edgar cuando le pasé los nombres.

No tardamos en ver, a través de la aplicación de la cámara, la sala de reunión llenándose. Sólo tiene que no dejarse liar el jefe. La mañana y los asuntos van discurriendo con sorprendente agilidad. En el tema de no manejar capital no dan problemas y, eso, lejos de ponerme contenta, hace que me salten todas las alarmas. Algo no va bien.

Me levanto y le hago gestos a Patt para que me siga. Algo me dice que Oliver Wilson nos va a necesitar. No paro la retransmisión mientras a cada gesto de Daniska sutil, veo más claro que van a proponer algo que no debe ser. ¿Por qué están tan confiados?

“La granada”, es decir, la trampa de los empresarios rusos, no tarda en salir.

–Entenderás que... –Comienza a hablar Daniska mientras le da vueltas a un mechón de su cabello rubio rizado. –No nos terminamos de fiar de un hombre como tú, Oliver Wilson. –dice sonriendo.

Mi jefe se tensa y, eso, es palpable hasta desde la cámara. Patt y yo ya estamos llegando a las oficinas. Entramos rápido en el edificio y, mientras yo le pregunto al de contabilidad de recursos humanos por mi nómina para distraer, Patt coge de su despacho café, pastas y botellines de agua en un carrito. Serían para alguna reunión pero es que lo necesito para salvar a mi jefe.

Llegamos arriba. Toco la puerta y entramos sin llamar justo a tiempo para que Oliver acabe de decir que no entiende lo que quiere decir con ello. Yo sí lo entiendo. Los hermanos Ivanov lo han investigado y, probablemente, sepan hasta con cuántas mujeres ha engañado a su prometida.

Patt empuja el carrito haciéndose pasar por el chico del catering. Según lo planeado, Patt le tira el café encima a Daniska. La rusa se levanta dispuesta para ir al baño.

–El chico es nuevo. –digo disculpando supuestamente a Patt. –Voy a ver si la señorita necesita algo. –añado.

Salgo a toda prisa detrás de Daniska que está en el aseo de mujeres soltando improperios en su idioma natal. Pongo la mano tan fuerte en el mármol que me mira sin entender quién soy o qué hago.

–¿Qué quieres? –pregunta en un tono poco amable. Ay, cómo se caen las caretas en cuanto rascas un poco el exterior.

–Sé que sabes cosas de Oliver Wilson y que crees que eso te confiere alguna clase de poder sobre el negocio que intentáis cerrar, pero yo también sé cosas que no os beneficiarían en nada que salieran a la luz. ¿Cuántos empresarios creen que querrán hacer negocios con vosotros cuando sepan, entre otras cosas, que en la mayoría de los casinos os reciben con alfombra roja por el dinero que gastáis? –Tal y cómo esperaba, pone el rictus serio. No dejo que diga nada. –El acuerdo es sólido y beneficioso para ambas partes. Una firma y ya está. Olvida cualquier otra cosa que tuvierais tú y tu hermano en mente. –sentencio.

Me siento en el suelo del baño para terminar de ver el espectáculo en la pantalla retransmisora. Va todo como la seda y terminan.

–¿Ha salido bien? –Patt me asusta entrando al baño.

–Sí, por suerte. –Me levanto dispuesta a ir al despacho para esperar. –Tienes que ir a ver a Edgar, necesito, a la de ya, una información que tiene que darme. –No sé exactamente por qué pero no quiero compartir ni si quiera con él los asuntos de mi jefe.

–¿Has ido sin mí a la tintorería? –Se echa un poco hacia atrás sospechando. –Bueno, voy. Nos vemos en el piso. –asegura. Le veo morderse el labio. Está molesto. Ya hablaremos de eso más tarde.

Voy al despacho de Oliver y me siento a esperar. Aparece haciéndome una referencia antes de cinco minutos.

–Desde luego, eres eficaz. –afirma dejándose caer con un suspiro en su asiento. –Gracias, Marie. –Es mi trabajo.

–¿Quién es el chico? –pregunta de pronto. Le miro.

–Trabaja conmigo para hacer lo que no pueda hacer yo. –explico escuetamente.

–Bien. Tienes muchos recursos. –Le veo rebuscar en su chaqueta y sacar la chequera. Escribe una cantidad y me la tiende. –Imagino que no es gratis que la gente haga cosas o conseguir que cierren el acuerdo sin problema. Espero que esta cantidad cubra los gastos. –Miro el dinero. Es más de lo que he gastado pero no me deja un fondo. –He previsto que no vuelva a pasar que tengas que adelantar dinero. He encargado una tarjeta de empresa a tu nombre. –Eso está mejor.

–Tienes hoy la comida familiar y llegas tarde. –Le anuncio. Soy la secretaria personal al fin y al cabo. –He visto la reserva que hizo tu prometida. Y, ¿sabes qué? No vais solos con tus padres. Estarán los suyos. –Pone cara de horror. Tal y como suponía es una encerrona. –Espero que te dé tiempo a hacerte la idea de camino. –Yo iré viendo su email personal.

Recibe múltiples citas que cuadrar con amigos y amigas, aunque últimamente las de las mujeres no las responde o agenda. Eso es por Suhan. Le tiene en exclusividad de momento y no tengo claro por qué el accede. Eso me lleva a levantarme. Tengo que ir al piso para ver si Patt me da alguna buena noticia y argumentos contra la modelo.

–Estoy aquí. –grito al entrar.

–Ey. –Me tiende el sobre color marrón. Aunque está perfectamente cerrado, una esquina le

delata. No digo nada, pero sé que ha traicionado el código de compañeros. No preguntar ni buscar lo que no se dice abiertamente. Cosas del orfanato. –He hecho la cena. –¿Por qué Patt está tan raro?

Capítulo 7

Oliver Wilson

Aparco el coche delante del club y me pongo las gafas de sol antes de entrar. Mejor que no vean que pongo los ojos constantemente en blanco con sus eternas y absurdas conversaciones.

El joven recepcionista se pone nervioso al verme. No es por mí realmente, sino por el carácter que tiene Sofá, la cual seguramente le ha dicho en un tono autoritario que me lleve a la mesa en cuanto llegase.

–¡Querido! –La madre de Sofia se levanta contenta de verme. Creo que cuando me observa ve una boda con patas. –Qué ganas teníamos de verte. Cuando nos confirmó la niña que nos veríamos todos, me puse eufórica. –¡Cuánta efusividad!

–Me alegro de veros. –digo sentándome y levantando la mano para pedir. Cuánto antes comamos, antes nos vamos de esta encerrona.

–Les estaba comentando, querido. –Sofia me sonrío tanto que me da escalofríos. –La noticia. –¿Qué noticia? ¿De qué habla? –¡Ya tenemos fecha para la boda! –¿Qué? ¿Cuándo? –Me llegaron los papeles hace unos días. –¿Y no se le ha ocurrido que yo debía saberlo primero?

–Oh, eso es fantástico. –comenta mi madre. –¿Y cuándo será el precioso y esperado día? –pregunta entusiasmada.

–En un mes. –¿Puede salir peor esta terrorífica comida? –Nos han escrito, ha habido una cancelación en el palacete que queríamos y aunque es algo apresurado para todo lo que hay que preparar, incluidos los invitados que tendrían que organizarse, es algo que no quiero retrasar. –explica Sofia mientras me coge la mano fuertemente, es casi como si no quisiese que saliese

corriendo.

–¿Me disculpáis un momento? –pregunto dándome por contestando y alejándome para marcar, a punto de entrar en pánico, el número de teléfono de mi salvadora, aunque, en esta ocasión, no creo que pueda hacer nada. –¿Marie?

–Dime, jefe. –No tarda ni un segundo en responder. –¿Va todo bien en su comida familiar? – cuestiona. Casi puedo imaginar su sonrisa burlona al otro lado de la línea.

–Bueno, todo lo bien que puede ir si tenemos en cuenta que acabo de enterarme de que...

–De que te casas en un mes en el palacete alemán más solicitado del país. –Me corta de pronto. ¿Cómo sabe eso si yo me acabo de enterar? –No me ha dado tiempo a avisarte. –añade.

–Bien, ¿puedes hacer algo para que no pase? –Lo pregunto sin más. No quiero rodeos. Necesito que esa boda no se celebre. –aseguro.

–Déjame a mí. Come tranquilo mientras tanto. –Cuelga.

Vuelvo a la mesa con la sonrisa puesta. Están todos encantados con las buenas nuevas. Traen los platos y me vuelco en comer. Tranquilo no estoy, pero si confío en alguien, absurdamente, es en Marie. La acabo de conocer pero, hasta ahora, no me ha fallado y le he dado ocasiones para hacerlo.

–Te veo muy serio. –Mi padre quizá es el más sensato de la mesa. De ahí que formase un imperio. Y que se haya dado cuenta de que estoy mirando constantemente el reloj aunque no sé con exactitud qué estoy esperando. Marie es imprevisible.

– Estoy pensando en la reunión aún. –Miento.

–Pues no deberías, estamos hablando del día más importante de tu vida. –Asegura mi madre molesta regañándome sutilmente.

Un móvil suena y no es el mío. Sofia se aleja para hablar de nosotros. Mueve las manos lo que me parece una barbaridad y vuelve furiosa dejando caer el teléfono en la mesa.

–Esto es increíble. –dice furiosa. –Parece que justo cuando os lo he dicho, se ha torcido todo. Resulta que ha habido un error y quedaba una pareja delante de nosotros en la lista. –explica.

Intento no sonreír para no delatarme. Pero es que no me puedo creer que Marie haya conseguido eso. ¿Cómo lo habrá hecho?

–¿No puedes ir al palacete e intentar solucionarlo? –pregunta mirándome mi madre directamente a mí. No sé qué prisa tiene por verme atado de por vida. –Quizá no les da tiempo a organizarlo todo a la otra pareja. No hay otra novia tan preparada como la buena de Sofía. –añade convencida.

–Iré a mirar. Llamaré a Marie. –Marco el número deseando darle las gracias aún sabiendo que no puedo hacerlo delante de ellos.

–Ocupada, jefe. –dice al descolgar. –Nos vemos en su casa en una hora. –Cuelga. ¿Yo le he dado, en algún momento, la dirección de mi casa? Creo que no. Me quedo pensativo. La he notado un poco seria. ¿Pasaré algo?

–Me va a buscar un hueco en la agenda. –Miento improvisadamente. No ven nada malo en que tenga una secretaria personal además de a Paula como asistente. Marie tenía razón también en eso.

–Pues tiene que ser este mes. –dice de pronto el padre de Sofía dejando caer su puño cerrado en la mesa. Robert es un hombre callado, observador y adinerado. Fue ese dinero precisamente el que metió a su hija en la empresa y acabó por hacerme ser su novio. Su padre daba el follón todo el tiempo con nuestro posible noviazgo y decidimos, ambo, fingir por pura conveniencia. Pero, han pasado tantos años que se fue volviendo una pareja normal y ella ha querido olvidar nuestro inicio.

–Papá, si no se puede... –Noto a Sofía extremadamente nerviosa al contestar. De hecho, le tiemblan un poco las manos.

–¡Ese hueco lo pedí yo mismo en el palacete! Y pienso hablar con quién haga falta para que se restaure la fecha. –Así que ha sido Robert que he ha movido los hilos. Y por la cara de Sofía, ella

lo sabía.

Una cosa me ronda la cabeza. Robert ha movido los hilos y... ¿Marie tiene mejores hilos? Un mensaje llega ahora mismo. Es mi salvadora.

“Este mensaje es la excusa para que te puedas ir de la mesa. Tu amigo Daniel está en la ciudad. Di que has quedado con él y cierro una cita para más tarde. Primero te espero a casa.

–Si me disculpáis tengo que ir a recoger a mi amigo Daniel del aeropuerto. Acaba de llegar a la ciudad. –digo y me levanto todo lo rápido que puedo.

Conduzco rápido y tranquilo. No teniendo cerca a esos cinco, parece que respiro incluso mejor. Al llegar esperaba verla en la puerta, pero no está. La llamo y no contesta. Qué raro. Entro en la casa. La luz está encendida. Me sobresalto al comprobar que está sentada en mi sofá. ¿Cómo ha entrado? Si no estuviera de mi parte, me daría hasta miedo.

–Hola, jefe. –Saluda con tranquilidad y una sonrisa. –¿Todo bien?

–Sí, aunque Robert, el padre de Sofía quiere remover las cosas en el palacete para tener fecha de nuevo. –Me siento frente a ella tras quitarme la chaqueta y remangarme la camisa.

–No conseguirá fecha al menos hasta dentro de seis meses. Estoy segura. –afirma. Es brillante. –Tienes que dejar de ver a Suhan Loterfield. –Uy. Eso me pilla desprevenido. Es una amiga muy pasional y entregada. –No es quien tú crees. De hecho. Es la prima de Hugo Vridadi. Son por parte de madre y no llevan el mismo apellido. Es un inversor italiano que tiene especial interés en meterse en tu empresa ya que en escasos meses estará en bancarrota. No sé exactamente cómo piensa hacerlo pero sé que es a través de tu placer. –¿Cómo?

–No sabía que te hubiera pedido que investigaras a Suhan. –Me molesta algo que haya hecho algo que no le he pedido, pero no sé si es porque no me lo esperaba. –Pero gracias. –De todas formas me ha salvado a mí y a mi empresa de nuevo.

–Yo no necesito que me pidas nada. Así va esto. Yo hago todo por el jefe. –Afirma cruzándose

de brazos como si estuviera de pronto molesta. ¿La habré ofendido?

Capítulo 8

Marie

A Oliver Wilson no le ha gustado lo que acabo de decir, pero tendrá que aceptarlo. Cuando Patt me ha dado en casa el sobre con la información de Suhan, aparte de notar que lo había abierto, he podido corroborar que tenía razón sobre la modelo. No es trigo limpio.

–Tengo una pregunta, jefe. –Digo algo molesta. –¿Quieres que me dedique sólo a lo que me solicites o en general a los problemas tanto que generes como que te puedan generar? –Con todos los líos que he tenido que resolverle en tan poco tiempo, no sé qué le pasa. No le sientan bien los follones de faldas.

–Pues... Me salvas todo el tiempo. –Se lleva la mano a la barbilla. –Y de verdad que es lo que necesito. –Exacto. ¿Cuál es el problema? –Pero no sé cómo puedes manejar tanta información. El padre de mi prometida, en concreto, es uno de los hombres más ricos e influyentes de este país. –¿Y?

–Los hombres con dinero siempre tiran de personas que no lo tienen para hacer sus cosas. Llevar las agendas, concertar citas, acercar los papeles al registro... Digamos que yo estoy muy bien relacionada con los que son como yo. –No voy a darle más detalles porque sería poner en riesgo mi propio trabajo.

–Está bien. –Sonríe. –¿Quieres un vino? –Me ofrece ir junto a él hasta la cocina que es igual de lujosa que el resto de la casa. Sin querer mi mente vuela a cómo hubiera sido yo si hubiera nacido entre éste tipo de comodidades. –¿En qué piensas? –pregunta tendiéndome la que se supone que es mi copa.

–En nada. Gajes del oficio. –No es del todo mentira. Yo al menos he buscado la forma más honrada de utilizar las técnicas de supervivencia que te enseña la calle cuando te sueltan recién cumplida la mayoría de edad sin nada que hacer en la vida para mejorarla. –¿Puedo preguntarte

algo? –Con todos los jefes que he estado, he cubierto aventuras. No es algo ni que apruebe ni que desaprobe, simplemente no es parte de mi trabajo juzgar. Pero sí me llama la atención lo de que me haya hecho retrasar la boda. Normalmente ya están casados y simplemente pegan tirillos al aire que hay que tapar. –¿Vas a casarte con Sofia? –Escupe el vino manchando mi camiseta de botones.

–Disculpa. –dice azorado buscando un trapo mojado con agua. Cómo si eso fuese a hacer que desapareciese la mancha. Le digo que no con la mano para que esté tranquilo.

–Voy un momento al baño. –Siempre tengo en el bolso grande que llevo unas zapatillas, mayas negras y camiseta del mismo color por lo que pueda necesitar hacer para salvar al jefe. –Ya está. Sigamos hablando. –Me vuelvo a sentar frente a él. Quiero esa respuesta.

–Pues yo... supongo que sí. –Pasea la mirada nervioso. –Eres una chica muy... diferente. –No estoy segura de si eso es un cumplido o un insulto así que me quedo callada. –Me pareces interesante. Si Sofia fuese como tú quizá... –Vaya. Sí es un cumplido.

–Gracias, supongo. Las personas que conoces o conocerás en tu mundillo de ricos nunca serán como yo. –No es algo que diga como algo bueno, sino como una verdad. –Hay que vivir ciertas cosas para aprender lo que yo sé. –Siento que estamos centrando el tema demasiado en mí y, de hecho, la intensidad de su mirada me produce calor. Yo no suelo hablar de mí misma con los clientes.

–¿Y puedes ponerme un ejemplo de esas vivencias? –Sonríe y casi caigo en la tontería de pensar que es como si fuésemos amigos. Quizá incluso debería confesarme a mí misma que veo a Oliver Wilson como el jefe más guapo de los que he tenido, pero alguien que necesita a una persona como yo en su vida, no es una buena compañía para algo que no sea ganar dinero.

–Otro día. –No tengo intención alguna de contarle mi vida. Sonríe y hace lo mismo. Hay una especie de complicidad entre nosotros y levanta su copa de cristal antes de beber como si brindase por mí. –Si me necesitas, llámame. Con tu permiso, tengo cosas que hacer. –Quiero

llegar a casa e introducir la cabeza en la bañera para que se me quite la repentina tontería.

–De acuerdo. –Me acompaña hasta la puerta de la entrada aunque le hago gestos para que entienda que puedo cruzar el jardín y la puerta exterior yo sola. De hecho, nadie me ha abierto cuando he llegado. Es demasiado fácil colarse en su preciosa casa. –Por cierto, te he hecho un ingreso de algunos extras que he considerado que debería pagarte. –¿Ah, sí? ¿De qué me sorprende tanto? ¿Y por qué en este trabajo no estoy tan pendiente de asegurarme de que me compensa el dinero?

Salgo a paso rápido y cierro la puerta exterior tras salir. Quiero huir de su cercanía lo antes posible pero, al llegar a la esquina me paro un momento. Saco un espejito que llevo en el bolso para mirarme el rostro y comprobar que no tengo ni los ojos vidriosos ni las mejillas coloradas. Mi compañero de piso puede ser muy observador cuando quiere y no sé qué le pasa últimamente.

Como si el universo me hablase, por el mismo espejo, veo un coche verde vidrio aparcado al final del otro lado de la calle. Me agacho como si me fuese a atar la deportiva para que el espejo me enseñe la parte de abajo del coche. Esa matrícula... ¡Es Patt! Pienso todo lo rápido que puedo y acabo por doblar la esquina. Sólo es para que no me vea o piense que me he ido en caso de haberme visto. Espero lo que me parece una eternidad y voy asomando el espejo. Va todo de negro. Se coloca un pasamontañas. ¡Mierda! ¿Cómo puede estar haciendo esto? ¡Quiere robar en la casa de mi jefe! Otro chico con la misma ropa y el rostro cubierto le acompaña.

Marco el número a toda prisa de Patt pero no contesta. Maldita sea. ¿Qué hago? Patt ha sido mi amigo desde siempre pero, sé que abrió mi sobre y...dudo muchísimo que justo haya ido a robar ahí sin saber que Oliver Wilson vive ahí. Además, se supone que hace muchísimo tiempo que dejamos de hacer ese tipo de cosas ilegales. Nos habíamos quedado sólo con cosas como la de proteger adinerados de marrones o la consecución de información.

No tengo tiempo así que hago lo que tengo que hacer. Todo por el jefe. Me encaramo al muro de la casa y salto de una voltereta en el jardín. Rodeo la casa hasta la puerta trasera y, antes de

entrar, saco el arma. Hace tanto tiempo que no la utilizo que se me hace pesada la pistola. Soy sigilosa hasta llegar al salón. Está Oliver en mitad de la sala con los brazos cruzados mientras es apuntado con una pistola.

–Baja el arma. –Ordeno sabiendo perfectamente que el encapuchado que estoy apuntando no es Patt sino el otro. Es por su envergadura. Lo hace sin entender quién soy. Estoy segura de que no nos conocemos.

–La estás cagando, morena. –dice el atracador. –No estoy solo. –añade.

Justo en ese momento noto una pisada leve detrás de mí. Conozco mejor a Patt que él a sí mismo. Me agacho barriéndolo de una patada. Le quito el arma de la mano sin crearme del todo que me estuviera apuntando con ella desde atrás.

–Será mejor que os vayáis. –Aseguro intentando que mi respiración vuelva a ser normal. –Y no volváis por aquí. He visto la matrícula del coche. –Eso es una advertencia baja para que Patt sepa a ciencia cierta que sé que es él.

–Pero... –Interviene Oliver. Sé que va a decir que llamemos a la policía pero...yo...no puedo.

–Déjalo estar, jefe. Es lo mejor. –Aseguro.

No es hasta que oigo cerrarse la puerta exterior que pongo la pistola sobre la encimera de la cocina y me dejo caer en lo alto del taburete para servirme otra copa de vino.

¿Cómo ha podido Patt hacerme algo así?

–Marie. ¿Qué ha sido eso? –Se sienta frente a mí y noto sus pupilas más dilatadas que en cualquier otra conversación.

–Yo sé prácticamente quién es todo el mundo. –Y en este caso mucho más, de hecho, vivo con el enemigo. Pero no es cuestión de decírselo. –Tú no sabes lo que es pasar hambre y lo que se puede llegar a hacer. –No estoy mintiendo en esto último. El único problema es que, aunque desconozca la identidad del segundo chico, sé que Patt no tenía ninguna necesidad. –Me aseguraré

de que esta casa sea un lugar seguro y no vuelva a tener incidente alguno. –Tengo que ver a la gente indicada para eso.

–Marie. –Me sostiene del brazo acercándome a él. Me embriaga su fragancia masculina a jabón limpio y menta. –No te pongas en peligro. –Su calidez es...algo en lo que no debería estar pensando.

–No correré riesgos. –digo soltándome de su agarre aunque no es del todo verdad.

Voy directa a mi piso aunque probablemente sea lo más imprudente del mundo. Al meter la llave en la cerradura siento el peso de la verdad sobre mis hombros. Abro la puerta deseando, por un momento, no tener que enfrentarme a esto pero, algo allí arriba no está de mi parte. Patt está sentado en el poyete del sofá como si me estuviera esperando. Sus ojos negros me miran con una expresión que no sé descifrar. Unas pequeñas lágrimas involuntarias nacen desde mis ojos. Me siento traicionada.

–Marie... –susurra al verme.

–Dime, Patt, que había una buena razón... –¿Qué podría decirme que me convenciese? No lo sé pero, mi estúpido corazón, que le siente como una hermana, quiere escuchar.

Capítulo 9

Oliver Wilson

En cuanto se va la cocinera que viene a media tarde a hacerme la cena, siento la soledad de este caserón. Nunca me había planteado tener personal fijo en la casa, pero quizá sería conveniente. Se lo consultaré a Marie. ¿Por qué la necesito para todo lo que se me ocurre?

No estoy seguro de si me ha sorprendido más al llegar con el arma levantada o que les dejase ir. Llevo media hora removiendo los guisantes que acompañan a la merluza. Un golpe me sobresalta. Marie entra por la puerta de la cocina que da al jardín.

—¿Cómo has entrado? —Estoy seguro de que la señora que cocina ha cerrado con llave.

—Lo importante es que estoy dentro. —contesta. —¿No vas a comerte eso? —Me quita el plato y tras coger un tenedor se pone a comer.

—¿Y quieres algo en especial? —¿Qué hace aquí?

—Pues si tienes un yogur para el postre... —Se ríe y, sorprendentemente, voy al frigorífico para traerle uno. —He pensado que, quizá, no querrías quedarte sólo en casa después de lo que ha pasado. —dice.

—Tienes razón, es mejor estar en compañía. Y ya hemos cenado. —¿Será un buen momento para preguntarle por sus vivencias? —Oye... cuéntame algo de ti. —Por probar no pierdo nada.

—Mejor habla tú de lo que quieras. Cualquier información acaba siendo de utilidad. Incluso algo de lo que digas sin querer puede acabar salvándote. —Lo dice tan enserio que la creo.

—Hagamos una cosa. Por cada cosa que yo te cuente, tú me cuentas. —Propongo sin saber de dónde sale mi necesidad de saber. Decido empezar para no darle tiempo a pensar. —Cuando conocí a Sofia, me pareció una chica atractiva y simpática. De hecho, creo que si su padre no le hubiera metido tantas ideas en la cabeza, podría haber pasado algo bonito entre nosotros. —No sé

muy bien por qué quiero ir por ese temita. Quizá porque espero que su respuesta sea referida al mismo asunto.

–¿Entiendo que quieres que sea equivalente lo que yo cuente? –Asiento sirviendo dos copas más de vino. –En muchas ocasiones me han parecido hombres atractivos y simpáticos, pero no soy la clase de chica que busca una relación tradicional. –Se bebe la mitad de la copa de golpe como si le costase hablar de ello.

–Me gusta mi trabajo, aunque creo que disfrutaría más de las inversiones si no fuese la cabeza principal de la empresa porque mis estudios si se me hacían agradables, sin embargo, lo de ir de reunión en reunión, estropea mucho la experiencia. –Al decirlo en alto, siento que la realidad me golpea y también bebo.

–¿Hablar de mi trabajo? Ya lo estás viendo. Estoy pendiente de la nueva información que pueda haber y te incumba. Me gusta mi trabajo. Es mucho mejor que los que hacía antes de entrar a este negocio. –Se calla de golpe y entiendo que ha dicho algo que no quería.

–¿Si pregunto me vas a decir algo de esos antiguos trabajo? –Niega con la cabeza. Bueno, quizá en un par de copas de vino más. Qué buen saque tiene. –Mi padre hizo una inversión muy arriesgada con la herencia familiar, que eran unas tierras, y le salió bien. De ahí la existencia de la empresa. –Espero no estar siendo aburrido, pero tengo curiosidad por saber qué clase de padres dejan que su hija vaya por ahí con un arma y haciendo estos trabajos, que aunque me venga muy bien, no son precisamente normales.

–Soy huérfana. –dice mirándome a los ojos. Al terminar de beberse lo que quedaba en la copa de vino exhala fuertemente. –Y la única familia que consideraba que tenía me ha traicionado por cuatro perras. –Vaya. No esperaba que se abriera tanto. –No podemos jugar más. –dice de pronto levantándose del taburete aunque la noto un poco mareada.

–No preguntaré más. –No quiero que se vaya y el pánico me inunda.

–Ya, pero es que hay alguien a punto de tocar el timbre. –Efectivamente, suena el timbre. Ella

va primero hasta la puerta y acaba abriendo. Suhan entra en el recibidor echa una furia. Es lo que tiene haberle dicho que no quiero volver a verla y no darle más explicación. –Os dejo a solas para que habléis. –susurra antes de empezar a subir las escaleras de la casa.

¿A dónde va? ¿Y cómo sabe cómo tengo distribuidas las estancias? Bueno, no me importa que deambule, que registre o que se ponga mi ropa siempre y cuando no abandone la noche con lo bien que estábamos hablando poco a poco conociéndonos. Me llama tanto la atención la forma de ser de Marie. Por no hablar de cómo va ganando puntos en atractivo la chica conforme paso más tiempo con ella. Tiene esa clase de belleza que pasa desapercibida en un primer momento porque parece corriente, pero no lo es. La cascada de pelo negro azabache liso hace una perfecta cortina cuadrada y brillante. Y sus ojos, cuando por cualquier motivo no está satisfecha, adquieren un toque profundo como si fuesen más verdes.

–No creo que sea conveniente para ti que cortes nuestra relación así de repente. –Suhan pone las manos en jarras. Si alguna vez la he visto guapa no sería con esa cara de enfadada. –De hecho, creo que tu futura mujer estaría muy contenta de saber las tórridas noches que hemos pasado juntos. –Mierda. Se supone que una amante que sabe que es algo puntual y divertido para ambos no te viene luego con estas. Claro, no todas son primas de un inversor interesado. ¡Cuánta razón tiene la santa de Marie!

–¿Sabes a quién tampoco le haría gracia, Suhan? –Marie aparece por la escalera de nuevo con un pijama mío puesto. Está absurdamente sexy. –A tu futuro marido. –¿Suhan se va a casar? –¿No le has contado a tu querido Oliver que tienes un buenísimo plan B? Resulta que aquí la señorita, y tengo pruebas de ello. –Saca un sobre marrón. –Está preparando su boda con un jeque árabe muy importante por si defrauda a su primo y no le sigue pagando para que entre en tu vida, cama y empresa. –Se cruza de brazos satisfecha. Yo diría que está un poco achispada con el efecto del vino.

–Está bien. Aunque así fuera... ¿Cómo ibas a ponerte en contacto con él? –La modelo no está dispuesta a bajarse del caballo ni viendo que ha perdido la carrera.

–Raimundo Abdesalam. –Saca una foto del dossier y se la tiende terminando de bajar. –Tengo su teléfono, la dirección y hasta la lista de candidatas que tiene aparte de ti por si le sale mal. El señor está dispuesto a casarse, de eso no cabe duda. –Es brillante.

–Quiero esa lista. –dice poniéndose muy seria.

–¿Por qué iba a darte tal cosa? De hecho, has interrumpido una cena muy interesante. –¿Ah, sí? ¿A ella también le estaba pareciendo desconcertantemente entretenida?

–Porque veo que te manejas información y yo tengo una que nadie más podría darte. –Marie se lo piensa y al final asiente accediendo. –Pero sólo te la daré a ti. – ¿Y a mí no? ¿Por qué? ¿Es algo exclusivamente de ella? Me escama esa actitud.

–Vamos fuera. –Marie pasa su mano por mi hombro y sale detrás de Suhan.

¿Qué me pasa? ¿Por qué me siento como si Marie fuese imprescindible para mí? Es verdad que lo arregla todo pero...Me empiezo a preguntar si no siento algo distinto.

Capítulo 10

Marie

El vino me tiene algo confusa, pero, aún así, veo por la forma en que se mueve Suhan, que está nerviosa.

–Es cierto que yo me metí en la empresa buscando eso. –Ya lo sé. ¿Cuál es la novedad? –Pero mi primo no sólo está interesado en que yo me meta en su empresa. –¿Entonces? –Sino que se lleva estupendamente bien con Sofía Jones, fueron más que amigos en la Universidad. Pero no te creas que hay un rastro fácil de ello. De hecho, el título que Sofía tiene en su despacho, es estatal cuando estudiaba en el extranjero. –Tiende su mano solicitándome el pago por su información. Le doy la lista de chicas del jeque. –Oliver Wilson ha tenido mucha suerte de encontrarte. Espero que no lo estropee. –Si es una clase de cumplido, me deja con un sabor agridulce.

Entro de nuevo a la casa y me encuentro con la intensa mirada de Oliver y una copa de vino. Me fundo con el aroma de la uva amarga en mi paladar. Necesito beber.

–Me has salvado...otra vez. –Sonríe y me parece encantador.

–Todo por el jefe, ¿no? –pregunto algo confundida viéndolo acercarse a mí.

–Todo. –susurra demasiado cerca de mis labios.

Su boca inunda la mía. Es un beso cálido y sensual que une nuestras lenguas suaves y desenfrenadas mientras me coge de la cintura para llevarme más cerca de él. Su fragancia me envuelve y, aunque sé que esto no está bien, no puedo parar. Mis manos vuelan hasta su pelo suave y bajan por sus hombros marcados recorriéndolo entero. Mi mente está achispada pero sé que es importante averiguar cuánto de lo que me ha dicho Suhan es despecho por el fracaso de su plan y cuánto es una realidad que afectará a mi jefe. Mi jefe... Le aparto repentinamente. Esto no puede ser. Yo nunca he hecho algo como esto. Mi trabajo es fundamental para mí.

–Esto...yo... tengo que irme. –baluceo poco convencida.

–Creía que ibas a quedarte para protegerme. –¿Y quién le protege de mí? No es buena idea.

–Eso hago. –Y no es una mentira. Si Sofía Jones se está juntando con Hugo Vendredi, es que hay algo que no está bien en todo el paripé de los novios, la empresa y esa apremiante boda. Tengo que averiguarlo todo antes de que sea tarde. –Te aseguro que eso mismo hago. –Repito convencida antes de irme.

No es hasta que estoy en la calle que me doy cuenta de que llevo su pijama puesto. ¿Qué he hecho? Al subir a la habitación yo tenía una intención totalmente carnal. ¿Para qué negarlo? Me invade una pasión inusual cerca de su fragancia masculina. He registrado su cuarto un poco y olía tan bien...tan...a él...No he podido resistirme y me lo he puesto.

Al asomarme para oír la conversación he oído la amenaza y he vuelto a mi ser y a mi misión: proteger al jefe. Lo que no esperaba es que Suhan me diera un información de ese estilo y tener que corroborarlo. Bufo al darme cuenta de que, con esta pinta, sólo me puedo permitir llamar a Patt, y, después de gritarle lo traidor que es, no me parece buena opción. Pienso en nuestra conversación como si la estuviese reviviendo.

– *Dime, Patt, que había una buena razón...*

–*Simplemente no sabía que era la casa de tu jefe y el chico necesitaba un favor. Yo ya no hago esas cosas. Tú me conoces. No haría nada que pudiese perjudicarte. –dice mirándome como un cordero degollado. Es tan fácil querer creerle.*

–*Prométemelo. –Patt jamás promete algo que sea mentira. Dice que son líneas éticas que nunca hay que pasar. –Prométeme que no entraste allí a robar porque sabías que mi jefe es muy rico. –Es casi una súplica.*

–*Te lo prometo. –Está convencido. Lo veo en sus ojos y, eso, aunque parezca una locura, me vale.*

Mierda. Me doy cuenta, como si antes no hubiera podido verlo claro de la conexión que tiene todo. Patt no entró a robar, por eso me lo prometió y parecía sincero. ¡Era sincero! Pero eso no significa que no entrase sabiendo que era la casa de mi jefe. Tenía otro encargo. Uno del que no me quería hacer partícipe. ¿Por qué? ¿Qué podía llevar entre manos? Me asalta la idea entonces de que, quizá, si Suhan estaba metida de alguna manera por Sofia y el italiano, Hugo, en el lío, es muy probable que las órdenes fueran directa o indirectamente de ellos, pero... ¿Qué es exactamente lo que querían que hicieran en la casa? Sólo hay una manera de averiguarlo, así que...Respiro hondo y le envío un mensaje a Patt.

“Ven a buscarme. Estoy en la esquina de la casa de mi jefe”

Hasta ahora, jamás he tenido que darle más explicaciones junto a una petición. Es por eso que hemos sido todo este tiempo como hermanos. Y, en realidad, sé que vendrá, porque en sus ojos vi arrepentimiento. Él, fuese lo que fuese a hacer allí, no pensaba perjudicarme lo más mínimo ni relacionarlo con mi trabajo.

Aparece a los diez minutos y se detiene ante mí. Me subo y me repasa de arriba a abajo comprobando que voy en pijama.

–¿Qué haces así vestida? –pregunta arrancando el motor. –¿Qué ha pasado? –Me mira de reojo.

–Es una larga historia. –contesto esperando que aún recuerde, en su gran cabezota, algo del código que tenemos entre la gente de este mundo, y en especial entre los que hemos salido del orfanato, de no preguntar lo que no se debe. Es decir, si alguien calla, es porque no quiere contarlo. ¿Qué sentido tiene preguntar entonces?

–¿Y no piensas contármela? –Sí que se le olvida sí. Niego con la cabeza mientras conduce por una larga carretera oscura.

–Para el coche. –Le ordeno y, sorprendentemente, lo hace sin rechistar aprovechando una cuneta para estacionar y apagar el motor. Me mira esperando que diga algo. –Necesito que me

digas exactamente para qué entraste en la casa de Oliver Wilson. –Decido decírselo sin rodeos, será lo mejor. Podría ir a ver a Edgar e intentar averiguar lo que necesito, pero prefiero ir directa a la fuente.

–Sabes que no puedo... –Se mira las manos algo nervioso.

–Sé que todo se compra y que encima aseguras ser mi amiga. Tengo dinero y quiero seguir siendo tu amiga, Patt. –Estoy convencida de que puede ayudarme.

–Una carpeta de la caja fuerte de Oliver. Ese era el encargo. Sé que vas a preguntar, pero no sé que lleva dentro porque no pudimos llevárnoslo por tu oportuna intervención. –Parece sincero aunque no paso por alto la puya que me acaba de tirar.

–¿Y quién te dio el encargo? ¿Edgar? –Necesito despejar la incógnita lo antes posible. Y más después de los besos de esta noche...

–No lo sé. –Le miro mal. –Lo digo en serio. Llegó a mi buzón de calle con instrucciones y dinero. Vamos, Marie, sabes cómo va esto. Un adelanto y una cantidad para cuando lo consiguiera. –Se encoge de hombros.

–Te doblo esa cantidad, sea cual sea, si averiguas quién quería esa carpeta. –Le propongo sabiendo que la cantidad no será un problema para mi jefe. Además, sólo necesito saber quién lo encargó, de ser conocedora del contenido de la carpeta, ya me encargo yo.

–Es un pastón, Marie. –Me tiende una tarjeta con la cifra y asiento. –Está bien, haré todo lo que pueda. –Nos damos la mano cerrando un acuerdo verbal.

Sólo espero que se dé prisa porque tengo la sensación de que se me acaba el tiempo.

Ya debe ser madrugada porque yo me despierto sin reloj ni nada cuando empieza a salir el sol. Lo que no me espero es encontrar a nadie sentado en mi cama. ¡Patt! Casi me da un infarto de golpe.

–¿Quieres matarme? ¿Es que no has podido simplemente despertarme? –pregunto

incorporándome.

–Se te veía muy bien durmiendo. Casi recuerdo a esa niña de pelo eterno negro y camisón blanco que deambulaba por todo el orfanato porque no podía dormir a partir de las cinco de la mañana. –Patt y yo nos conocimos en una madrugada con seis o siete años. Ninguno de los dos podía dormir y, nuestra nocturnidad e inquietud, nos hizo inseparables.

–Bueno, ¿qué pasa? –cuestiono alcanzando mi móvil y viendo que son las seis de la mañana.

–Sé quién hizo el encargo. –¿Tan rápido? Prácticamente salto de la cama y empiezo a vestirme sin importar si está delante. La pausa me mata y sólo puedo entrecerrar los ojos exigiéndole que no alargue más esta agonía. –Robert Jones. El padre de la prometida de Oliver Wilson. –¿Qué?

No puedo procesarlo del todo. Sabía que estaba involucrado el empresario italiano y la niñata de Sofia Jones, pero, ¿también sus padres? ¿Por qué? Me muerdo un poco las uñas y cojo las llaves del coche.

–Gracias Patt, te daré el dinero esta tarde. –aseguro encaminándome hacia la puerta.

–¿Pero, dónde vas? –pregunta siguiéndome un poco.

–Me parece que hoy, alguien, va a tener que madrugar más que en toda su vida. –Cierro la puerta de golpe y me monto en el coche. Esto es una trama más grande de la que esperaba.

Capítulo 11

Oliver Wilson

Una mano se posa en mi pecho de forma cálida y suave. Me empiezo a despertar pero no abro los ojos. No quiero que desaparezca esa caricia, pero, se detiene igual.

–Buenos días, jefe. –Me incorporo lentamente sin poder creerme que Marie esté sentada delante de mí esperando a que me despierte. ¿Me ha acariciado ella o lo estaba soñando? –Tenemos un problema. Bueno, en realidad, podría decirse que lo tienes tú, pero como trabajo para ti, hablo en plural. –¿Qué? Me incorporo y se queda callada. No puedo evitar seguir el hilo de sus ojos y comprender que examina mi torso desnudo. Si sólo pudiera relajarse y quedarse aquí conmigo... Recuerdo que anoche fue ella quien se separó de mí. No volveré a besarla si no estoy seguro de que es lo que quiere, porque necesito a Marie, aunque sea como trabajadora. –Vístete y te espero en la cocina. Ah, y dile a la cocinera que empiece ya a preparar esos menús para dos, que me toca siempre prepararme algo. –Se ríe y desaparece por el marco de la puerta.

Niego con la cabeza lentamente sonriendo. Es tan sencillo con ella... Aunque venga a contarte problemas, y conociéndola, si lo considera problema y no está arreglado, será grande, sonrías. Eso debe ser una habilidad.

Me meto en la ducha y dejo que todo el agua tibia recorra mi cuerpo destensando los músculos. Me pongo el traje de la semana aunque dejo la americana en la percha y me remango la camisa hasta los codos. Prefiero parecer de mi edad por alguna razón que prefiero no meditar en este momento.

–¿Y bien? ¿Cuál es ese problema? –pregunto en cuanto bajo las escaleras.

Marie está sentada en el taburete de la cocina y tiene un plato de cerezas, un zumo y un café justo delante suya. Desde luego, si este es su segundo desayuno, se va a pegar un atracón. Yo solo cojo el café que me ha dejado preparado el servicio y me siento frente a ella. Me hace un gesto

con la mano indicando que me espere. A ver quién se atreve a cortarle el desayuno a la señorita. Me río de mis propios pensamientos y me mira extrañada.

–Te veo demasiado feliz. –No voy a negarle algo que es verdad. ¿Por qué estoy en este estado? Puede que besar sus labios anoche fuera efecto del vino, pero seguir viéndola esta mañana del mismo modo, es cosa del corazón. –Y no deberías estarlo. –asegura haciéndome perder, momentáneamente, la alegría. –Necesito que me abras tu caja fuerte y saquemos una carpeta que hay en ella. –¿Qué? ¿Cómo sabe que hay una carpeta?

–¿Por qué deduces que hay carpetas en mi caja fuerte? –pregunto algo precavido.

–Mira, jefe, podemos jugar a cómo sé que hay carpetas, lo que ya, por otra parte, me dice que hay varias y eso es un problema. O podemos intentar saber qué es lo que buscaba la persona que mandó a robar a esos tipos encapuchados. –dice cruzando los brazos tras echarse dos cerezas al mismo tiempo a la boca.

–¿Me estás diciendo que me apuntaron con un arma por un par de folios? –¿Y me hubieran llegado a disparar por unos cuantos dossiers de contabilidad? ¿Para qué?

–Y ese no es, en sí mismo, el problema. Sino que sé quién ordenó que los cogieran. –Me quedo callado, ansioso y esperando. –Robert Jones. ¿Sabes qué podría querer de ahí? –¡No puede ser!

–¿Mi futuro suegro? Tiene que ser un error, debes estar confundida. –aseguro levantándome para ir hasta el sofá y dejándome caer allí.

–No estoy confundida. De hecho, sabía que tu prometida te la estaba jugando, pero no tenía clara la trama. –¿Sofía? ¿De qué habla? –Ella se ve con un empresario italiano que, casualmente, es primo de la modelo que te quería embaucar. Y ahora el padre de ella está en el asunto. ¿Turbio todo no? Creo que querían asegurarse de que, si no te casas con Sofía, sigan teniéndote por los huevos a ti y a tu empresa. –Estoy confundido y me duele la cabeza. ¿Qué maldita hora es? ¿Qué probabilidades hay de que esté equivocada? La miro a los ojos y parece totalmente convencida de

lo que dice.

–Conozco a Sofía y a su familia desde hace mucho tiempo. Tiene que haber un error. O quizá esperaba encontrar pruebas de mis infidelidades para llamarme la atención para que no le haga daño a su hija. –Le explico lo único que se me ocurre porque sé que la familia Jones, no son malas personas.

–Ah. ¿Es que guardas pruebas de tus...líos amorosos en tu caja fuerte? –¡Claro que no! –No hace falta que contestes, ya sé la respuesta. Sólo te hacía ver lo absurdo que es lo que me estás diciendo para justificarlos. –Parece alterada y no sé muy bien cómo reaccionar. –Voy a intentar averiguar algo más o traerte algo sólido para que puedas comprobarlo pero, en cosas de información, lo más valioso que puede haber es la confianza que tengas en los confidentes que uses. No suelen ir dejando huellas por ahí. –Está molesta. Lo noto.

Coge su bolso y se encamina hacia la puerta. Quiero creerla, besarla. No tengo por qué desconfiar de ella. Lo malo es que...tampoco tengo motivos para desconfiar.

Busco en internet “Detectives privados” y salen un montón de páginas que no tienen nada que ver y algunas agencias que parecen serias. Me decanto por una y respiro hondo. ¿Qué hay de malo en comprobar, antes de tirar mi vida por la borda, quién es Marie y de dónde ha salido? Ella entró en mi camino de repente, tiene contactos y en un tiempo ridículo he perdido a mi amante y quiere cargarse mi boda. ¿Quién me dice a mí que la mala no es ella? Mi corazón me grita que sé que no lo es, pero la estúpida razón y el hecho de que diga que un hombre como Robert está involucrado o que Sofía que está enamoradísima está con otro hombre... No me da buena espina. Bueno, tampoco se lo voy a contar así que...marco el número.

–Hola, buenas, quería hacer un encargo. –Una mujer al otro lado del teléfono me explica la confidencialidad que tienen con sus clientes y cómo son los métodos de pago. –Sí, le doy el nombre que quiero que investigue. –Me hace unas cuantas preguntas. –Necesito saber sus estudios, juventud, anteriores trabajos. –La oigo teclear. –Sí, se llama Marie An... –La línea se corta de

repente.

Miro extrañado el teléfono y, entonces, mis ojos lo ven. Los zapatos de Marie. Subo la vista y veo que ha sido ella misma quien ha cortado el cable del teléfono.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta Marie. Sus ojos están abiertos como platos y mi pulso se desboca de alguna forma como si me hubiera pillado traicionándola.

Capítulo 12

Marie

Mi corazón bombea con rapidez mientras sujeto el cable de teléfono que acabo de cortar. Miro a mi jefe, a Oliver Wilson, intentando controlar mi pulso y mis ganas de llorar rabiosa. ¿Cómo se atreve después de todo lo que he hecho por él?

–Marie... –susurra levantándose del sofá y dando un paso hacia delante mientras yo doy uno hacia atrás.

–No preguntes por mí a nadie, aunque si soy sincera, no creo que te puedan decir mucho más que el orfanato de donde he salido. –Me he encargado muy bien, con el paso del tiempo, de borrar todos mis rastros. –¿Qué dudas tienes, jefe? Creía que había quedado claro que yo te solucionaba los problemas. Lo estoy haciendo. No sé qué problema hay.

–Entenderás que no puedo tirar mi vida por la borda sin preguntarme si quiera quién es la persona que me da la información. –¿Pues no lo entiendo! –No te enfades, Marie. No es precisamente fácil preguntarte por tu vida. –dice metiendo las manos en los bolsillos.

–¿En qué cambia mi vida actual, mi infancia o mis costumbres, la información que te he dado? –pregunto intentando no ponerme nerviosa.

–En que puedo creerte al cien por cien. –murmura sin dejar de mirarme.

Me lo pienso. Parte de este trabajo mío, de alguna forma, es ser invisible. Si te conocen, no puedes aparentar ser la mujer de hierro que solucionará todos los problemas.

–Vale. Siéntate. –Lo hace mientras yo tomo una firme decisión que tendrá consecuencias de las que luego me ocuparé. –Mi infancia fue, desde que tengo memoria, en el orfanato. Jugué como una niña inocente e ingenua con todos los que estuvieron o pasaron por allí. En la juventud empecé a disfrutar de las salidas permitidas pero, como no tenía dinero, hice lo que todos: entrar a casas

cerradas para sacar los muebles y venderlos; robar bicicletas; echarme novios para apropiarme de sus carteras y alojarme en sus casas algunos días... Cuando ya entré en la etapa de “nueva adulta”, me enteré de que había otras formas de ganar dinero como la información o las drogas. –Me encojo de hombros intentando no dramatizar más de lo necesario. –Conforme conseguí dinero me fui pagando los estudios de economía. Mi pensamiento siempre fue trabajar en finanzas, en un puesto normal. Pero, al entrar en los primeros trabajos, vi que no serían estables y ganaría poco dinero así que, cuando uno de mis jefes se metió en problemas, lo arreglé esperando una bonificación en mi sueldo. La obtuve. Allí me di cuenta de que sabía hacer algo que estaba mejor remunerado que ser una asistente: limpiar los desastres de los ricos. –Aprieto tanto las manos que noto clavándose las uñas en las palmas. Alguien como Oliver Wilson no puede imaginarse lo que es llevar mi vida ni aunque se lo cuente. –Y eso es todo lo que puedo decirte. ¿Vamos a trazar un plan para saber qué se traen entre manos tu querida prometida y tu fantástico suegro? –Me cuesta no decir con mal tono eso último porque, aunque no debería, me pica un poco lo de Sofía. –Y queda saber si el tal Vendredi tiene especial interés o qué. –Saco una foto que he conseguido del empresario y se la tiendo.

–¿Este es el chico con el que está según tú está viéndose Sofía? –Su tono es de sorpresa. –Sé quién es. No recordaba su nombre pero su cara es inconfundible. Iba conmigo a la Universidad, un buen alumno, de los primeros de la clase. –dice pensativo.

–Bien, te enviaré la información cuando la consiga. –respondo dando por zanjada la conversación.

Bajo las escaleras de la casa mucho más rápido de lo que las he subido. Lo cierto es que estoy huyendo de Oliver por la sensación que tengo cuando estoy con él. No puedo olvidar su calidez y su beso. Noto su intensidad y sensualidad y no me veo capaz de resistirme mucho más tiempo a pesar de que yo misma sé que no está bien. Además, al contarle algo sobre mí, he tomado una firme decisión que tengo que aceptar. Desaparecer. No puedo permitirme hacer lo que tengo que hacer si me conoce y menos si ando distraída con unos sentimientos confusos cada vez más

crecientes.

He quedado con Patt en la puerta del local de Edgar. Tiene el móvil en la mano y lo alza al verme. Se ve que le ha llegado la transferencia. No le he dicho al jefe el dineral que le ha costado la información porque, al ponerse exquisito con saber sobre mí, no me ha parecido un buen momento. Cuando ya tenga recaba toda la información, se lo diré para que no le parezca tanto.

–Dudaba de que pudieras hacerme llegar esta cantidad, la verdad. –Patt me da un abrazo cariñoso. Espero que aproveche para no meterse en cosas raras durante un tiempo. –Ya sabes que puedes vivir de mí mientras nos dé el dinero. –Se ríe cariñosamente. Algo debe notar en mi rostro para decirme eso. Es la forma discreta que tiene de decirme que si dejo el trabajo está bien.

–Vamos dentro. –murmuro. –Edgar, ¿Qué tienes para mí? –Nos mira con el rostro serio. ¿Qué pasa? ¿No ha conseguido información? ¿Edgar? ¿Qué está pasando aquí?

–No puedo ayudaros. –Está nervioso. Edgar extremadamente tranquilo y verlo así, temblando, no es nada habitual.

–¿Qué pasa? –pregunto intuyendo la respuesta.

–No tengo nada sobre lo que me has pedido. –repite.

Después de tantos años lo conozco lo suficiente como para saber que, si no tiene nada de nada, es porque no quiere tenerlo, y, eso, supone un problema porque significa que han comprado su silencio y tienen que haberlo hecho con un muy buen precio para que Edgar no intente ni hacer una oferta. Eso, a su vez, implica que al menos uno de los tres involucrados en el asunto, sospecha que vamos tras la pista. No debería sorprenderme teniendo en cuenta que Suhan me dio la pista.

Tendré que encontrar pruebas por mi cuenta y tendré que hacerlo rápido porque si están moviendo ficha tapando su rastro, será más complicado.

–¿Y ahora? –pregunta Patt sin dejar de mirarme mientras que unas gotas de lluvia empiezan a caer sobre nosotros. –¿Cuál es el plan?

–Sé que el título de Sofia es falso y necesito tener pruebas de eso para empezar a tirar del hilo. –Le encargo eso a él al mismo tiempo que entra un mensaje. Es Oliver. –Es del jefe. Nos vemos en el apartamento. –Lo dejo ahí plantado sin decir nada más.

Sé que Patt, después del dineral que le he dado, hará todo lo posible por ayudarme a salir victoriosa. Lo que seguramente no deduce es que es mi propio corazón el que está en juego.

Entro en la casa sintiendo el ambiente cargado y distinto. Soy una persona muy intuitiva y, antes de llegar hasta donde está Oliver, estoy segura de que algo va mal.

Está sentado en el sofá con un papel en la mano y una copa de Whisky a la mitad en la mesa. Podría decirse que las personas bebemos por dos cosas: por alegría y por decepción.

–Te creía. –dice en voz baja pero contundente. ¿Creerme? Claro que me ha tenido que creer. – Y tú me has robado dinero. –Me tira el papel que tiene entre las manos y puedo ver que es un extracto bancario.

–Yo no te he robado nada. –aseguro. No he robado nada. Sólo he usado la tarjeta que él mismo me dio para pagar a Patt, y no he tenido tiempo de decírselo.

–Casi tiro mi vida, mi negocio y mi boda por un agujero negro sólo por creerte. –Se le ve furioso e irracional.

–No voy a preguntarte cómo has deducido eso o quién ha sido el que te ha dado ese extracto con mala fe. Sólo puedo decirte que la información cuesta dinero y es precisamente esa información que no te crees ahora porque supuestamente te he robado la que me ha hecho gastar ese dinero. –Suspiro mientras mi sangre va calentándose por momentos. Siempre molesta que desconfíe alguien de ti, pero, en especial esta vez, me duele de verdad. –Pero ya veo que has tomado ya tu opción y no vas a aceptar que eres un peón inútil en un juego de ajedrez en el que ni si quiera eras consciente de estar jugando. Sólo espero que no te equivoques Oliver Wilson, porque el tipo de error que estás dispuesto a cometer. –Casarse con Sofia Jones para darle de alguna forma acceso total a su empresa... ¡Es una locura! –Es de los que se pagan de por vida. –

sentencio antes de tirar la tarjeta a la mesa e irme.

Cruzar el jardín, sabiendo que será la última vez que lo hago, me cuesta un poco. Me golpeo mentalmente a mí misma por dejar que pase lo que ha pasado. Y no es que desconfíe de mí o no mi error. Es haberme enamorado tan perdidamente de alguien que es mi jefe. Quizá he llevado al límite mi lema “Todo por el jefe” incluyendo mi propia existencia.

Capítulo 13

Oliver Wilson

1 MES DESPUÉS...

Me miro en el espejo y no reconozco la imagen del hombre que me devuelve el espejo. Me pongo la corbata y la aprieto. Quizá no es un traje tan distinto a los que suelo usar para ir a la oficina, pero tiene un significado totalmente distinto. Este sólo lo usaré una vez y será para casarme hoy con Sofia. Es lo que siempre debí hacer aunque haya dedicado más tiempo en pensar en los ojos verdes de Marie que en la lista de invitados. Bueno, de eso se han encargado otras personas que sí están deseando que este enlace se produzca. ¿Y por qué yo no estoy contento? Me ajusto los gemelos de oro de mi familia respirando tranquilo al saber que, al menos, mi familia estará feliz con lo que va a ocurrir.

He sido yo mismo quien he decidido estar sólo en la sala donde prepararme. Mejor que todos gasten sus esfuerzos en Sofia que no ha parado de dar órdenes en todo el mes. De vez en cuando, viéndola tan organizada y feliz aun sabiendo que no la quiero, reflexiono acerca de lo que me dijo Marie...Si hubiera una sola evidencia...Pero no la hay y voy a casarme. Vuelvo a mirarme por una última vez cuando, a través del cristal, veo que en la esquina del cuarto hay un chico. Me giro rápidamente algo alterado. Yo le conozco de algo...Es el chico que entró a la reunión de los rusos y dijo Marie que trabajaba con él. ¿Qué hace aquí?

–Felicitaciones por la boda. –dice aunque no sonrío. –Esto es para ti. –Tira un sobre de color marrón encima de la cómoda de la habitación.

–¿Qué es? ¿Es de Marie? –pregunto con el corazón en un puño. El pulso se desboca sin que yo pueda hacer nada por controlarlo.

–Yo he cumplido mi parte con traerlo hasta ti. Si fuese inteligente, ni si quiera habría hecho eso, pero, como no lo soy y quiero cumplir con mi palabra, ahí lo tienes. –No sé a qué se refiere

pero le dejo irse sin hacer más preguntas.

Cierra la puerta al salir dejándome a solas con mis propias dudas. Mis pies parecen tener vida propia y deciden ir hasta el sobre. Lo cojo sin poder evitar que mi mente vuele hasta el pelo negro azabache y los ojos verdes de Marie. Sólo con acercarlo a mi nariz puedo rastrear su perfume a vainilla.... Saber que este sobre es suyo no me deja pensar con claridad. En el interior hay diferentes carpetas, pero, lo primero que cae es una pequeña nota.

“Siento la tardanza, no ha sido fácil encontrar antes las suficientes pruebas para corroborar mis palabras. Si tan sólo hubieran bastado mis palabras... Espero no haber llegado tarde, jefe.”

Cada palabra escrita duele como si me hubieran clavado un puñal. Marie, de alguna forma, siempre me ha traído soluciones pero, en este caso, creo que me trae una verdad que me creará problemas.

Carpeta a carpeta voy confirmando que todo ha sido una gran mentira. Sofía y Vendredi han sido amantes todo este tiempo y ella es una perfecta actriz que me ha hecho creer que siempre ha estado enamorada y que yo era el capullo de esta relación. El empresario italiano quiere mi empresa, bien por medio de su amante bien por las artes de su prima Suhan. ¿Por qué? Al parecer por un odio basado en la competitividad de la carrera. ¿Y qué pinta Robert en todo esto? Pues... cubrir a su hija que siempre fue su ojo derecho. Bueno, alguna intención tenía de ver que mi empresa es sólido y poco más.

Suspiro y me siento dejándome caer. ¿Y ahora qué? ¿Me caso con una persona que sólo quiere mi dinero? Imagino que una vez que me enganche se deshará de Vendredi, pero... ¿Es esto lo que quiero?

Miro por la ventana hacia el jardín lleno de invitados, casi todos producto de compromisos. Rebusco en mi bolsillo hasta dar con el teléfono móvil. Tengo temblor en la mano y la duda en la mente. ¿Lo hago? Marco sin pensarlo mucho.

–¿Sí? –La voz de Marie, además de interrogativa, es de sorpresa. Yo mismo me sorprendo a mí mismo llamándola. –¿Jefe? –cuestiona al no oír respuesta.

–Necesito que arregles un desastre por mí. –digo nervioso mientras me desabrocho la corbata y me quito la chaqueta.

–Tú dirás. –Suena convencida y dispuesta.

–¿Hay alguna posibilidad de que me salves de mi propia boda? –pregunto sin poder creerme lo que estoy pidiendo.

–Déjame a mí. –Cuelga y, aunque no ha cambiado aparentemente nada, me siento tranquilo.

Respiro y sonrío. La hora que pasa me parece lenta pero sé que si ha dicho que lo arreglará es que lo hará. Así tuve que hacerlo siempre. Confiar en Marie sin dudar.

Como si la confirmación llegara hasta mí oigo revoloteo en el jardín. Me asomo aprovechando la cortina para no ser visto. ¿Ese es Vendredi? Aparece con la cara algo desencajada, como si no quisiese estar allí. ¿Cómo ha conseguido Marie que él venga hasta aquí a parar mi boda? El ruido de la puerta de la habitación me sobresalta.

–Marie... –Es lo único que me sale al verla.

–Él hará que la boda se suspenda. Y tú quedarás totalmente no culpable de la ruptura de este enlace. –dice sonriendo.

–¿Cómo lo has conseguido? –pregunto incrédulo.

–La información es el mayor poder que puedes tener, casi más grande que el dinero. –responde acercándose a mí. Está tan cerca que aspiro su fragancia a vainilla. Desabrocha el imperdible con la flor que llevo en la camisa. –Todo por el jefe. –susurra bajito.

–¿Todo? –pregunto ante el aleteo de mi corazón.

–¿Qué necesitas? –cuestiona sin separarse.

–Qué no me abandones. –Es casi una súplica. Necesito a Marie de todas las maneras posibles pero podemos empezar porque vuelva a ser mi secretaria.

–¿Quién rechazaría un trabajo estable? –Su tono es burlón.

–Con la cantidad de problemas que consigo sólo, es más estable que trabajar en un estanco. –
Contesto riéndome.

Es extraño, pero sabiendo que estará a mi lado, ya estoy tranquilo. Tendremos tiempo de ver qué pasa con nosotros.

Capítulo 14

Marie

3 MESES DESPUÉS...

Llego al despacho de mi jefe y me siento frente a él. Así es cada mañana desde hace tres meses. Lo único, que mi trabajo ha cambiado mucho. No hace nada irresponsable ni poco ético así que... ¿Qué hago yo aquí? Pues esa es el tema que quiero tratar esta mañana. Él y yo nos tratamos mucho más que si fuéramos jefe y secretaria pero ninguno de los dos dice nada al respecto.

–Buenos días Marie, han subido el desayuno. –A pesar de que se supone que ese es mi trabajo de cara al público, es Paula quien nos trae el desayuno a ambos. –¿Has visto la inversión de los franceses? –pregunta pasándome la tablet.

–Sí, es sólida. –Me pide consejo a menudo financieramente hablando y, por esa parte, me siento orgullosa de cobrar, pero casi me tiene en cuenta como si la empresa fuese mía. –Necesito que hablemos, Oliver. Estoy pensando en buscar otro trabajo. –digo mirándome la manos.

–¿Por qué? ¿Te pago poco? Puedo subirte el sueldo por tu trabajo. –contesta rápido.

–¿Qué trabajo? –Me río un poco porque se nota que no le falta el dinero. –¿Soy tu secretaria? –pregunto intentando que me dé una respuesta convincente.

–¡Claro que no! –¿Ah, no? –Marie, tú lo eres todo. –¿Qué? Mi corazón se para. –Lo que pasa es que no te quieres dar cuenta de ello. –A penas puedo respirar mientras se levanta y se acerca a mí. –Siempre dices “Todo por el jefe” pero yo pienso lo mismo. ¿Sabes? Mi nuevo lema es “Todo por Marie”. –Se rasca un poco la nuca nervioso. –No salgo, no quedo con mujeres, no soy irresponsable. Te comento todo. Desayunamos, comemos y cenamos juntos. De hecho, te quedas en casa a dormir para “protegerme”. –Al oírlo así de su boca me ruborizo.

–Pues alguien podría haberme comentado todo eso antes. –En mi interior lo sabía pero tenía

tanto miedo a hablarlo que creo que hemos estado haciendo un poco el tonto. Se ríe y me besa.

Alguien llama a la puerta y nos separamos. Paula entra y nos mira como si fuese capaz de ver lo que estábamos haciendo justo antes de entrar. Quizá somos más evidentes de lo que pensamos.

–Hay un chico preguntando por ti, Marie. –¿Un chico?

Me despido un momento de Oliver y voy hasta la sala de reunión donde me está esperando alguien. Al abrir y ver a Patt no me lo puedo creer. Han pasado tres meses. El día de la boda de Oliver, cuando volví a casa, sólo vi una nota.

“Marie. Ni yo mismo me había dado cuenta de estar enamorado de ti hasta que apareció este jefe. Quizá siempre te había visto tan hermética con todo el mundo menos conmigo que no me planteé la posibilidad de verte enamorada. Es por eso que he llevado las pruebas que me pediste, pero ahora soy yo el que te pide tiempo. Volveré tal y como me recuerdas, Marie, como tu mejor amigo.”

–Hola. –Patt está guapo así con el pelo un poco más largo y está también más fuerte. Se ve que no ha estado mal. –He tardado algo en volver. –Me acerco y le pego un puñetazo en el hombro. –Ey, no recordaba lo que eran tus puños. –Se ríe y hago lo mismo antes de abrazarle.

–Te he echado de menos. –digo añorando al hermano que siempre ha sido.

–No he venido porque sí. –Le miro sin entender a qué se refiere. –Me ha llamado tu jefe. –¿Oliver? –Dice que te quiere. –¿Y se lo ha dicho a él? –Y que yo soy la única persona a la que consideras familia y... –¿Y qué? –Bueno, habla con él. La cosa es que tengo que estar aquí. –Le dejo un momento en la sala sin terminar de comprender y me voy asegurándole que no se puede ir de repente.

Al llegar a la oficina de Oliver veo rosas por todas partes. ¿Qué pasa? É está ahí en mitad del despacho con una rodilla hincada en el suelo y con un anillo en su mano. No puedo decir nada, sólo le miro sin poderme creer lo que veo.

–He pensado que te haría ilusión que alguien conocido asistiera a nuestra fiesta, bueno, si celebramos algo. –dice rascándose la nuca.

–¿Y qué es lo que no sabemos si vamos a celebrar? –tartamudeo sin poder evitar que mi cuerpo esté temblando.

–Marie... Quiero que te cases conmigo. –¿Qué? Si nosotros no nos conocemos tanto tiempo. ¿Por qué mil mariposas vuelan en mi estómago ante la sola idea? –Puede que pienses que es pronto o que no nos conocemos tanto. Puede que tengas dudas y miedos, yo también los tengo. Pero no se me ocurre una vida sin ti y eso nunca me había pasado. No me has pedido que deje nada atrás y sin embargo, lo he hecho por el simple motivo de que contigo...no me hace falta nada más. Me llenas en todos los aspectos que se me ocurren y sólo quiero...asegurarme de que nunca acabe. Y sobre todo que entiendas que nunca más te sentirás sola. –dice.

Puede que eso sea bonito para todo el mundo pero, en especial para mí, que nunca he tenido familia, ni un trabajo normal, es mucho más. Es la promesa de una vida estable con el hombre al que amo dispuesto a amarme con todas las consecuencias.

–Yo... –Podría decir simplemente que sí gritando porque es lo que mi corazón quiere hacer, pero entonces no sería yo misma. Así que contestaré a mi manera. –Ya sabes, todo por el jefe. –sonríó mientras me pone el anillo. Se levanta y me besa.

–No, Marie, todo por ti. –responde mientras puedo leer la sinceridad en su mirada.

FIN

Agradecimientos:

Me gustaría dar las gracias a todas esas personas que creen en el amor a pesar de los tiempos que corren. Y que, además les gustan las historias sabiendo que son eso, historias.